943

JOAQUÍN DICENTA

TEATRO

TOMO I

Aurora, DRAMA EN TRES ACTOS.

El tío Gervasio, MONÓLOGO.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

JOAQUÍN DICENTA

TEATRO

TOMO I

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

JOAQUÍN DICENTA

TEATRO

TOMO I

AURORA, drama en tres actos.
EL TÍO GERVASIO, monólogo.



MADRID
B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1907

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/auroradramaentre1442dice

AURORA

Estrenado en Barcelona por la compañía de Emilio Thuillier
en Junio de 1902

PERSONAJES

AURORA.
MATILDE.
PETRA.
REMEDIOS.
MANUEL.
ENRIQUE.
DON HOMOBONO.
DON AMBROSIO.
EL DOCTOR RAMÍREZ.
MARIANO.



ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado á Manuel, en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios.

Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno por libros primorosamente encuadernados; el otro, que estará aforrado en rojo por dentro, ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos.

A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa-ministro de nogal, y un sillón de cuero de Córdoba con respaldo de talla. Encima de la mesa todos los utensilios «de ritual»; gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetro, lámpara eléctrica, etc., etc.

En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que se supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, á los de la puerta del fondo.

En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas.

El mueblaje de la habitación será, exceptuando un «puff» de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero.

Encima del «puff» habrá un busto de Hipócrates, y en los angulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal.

611050

Del techo y perpendicular al «puff», penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos.

La escena comienza al mediar la mañana.

Al levantarse el telón aparecen en escena Remedios, sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el Doctor Ramírez, que estará sentado al lado de Remedios, y Matilde en pie, figurando examinar el mueblaje y decorado de la habitación.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS y el DOCTOR RAMÍREZ

MAT. ¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho! (Dirigiéndose donde están Remedios y Ramírez.)

REM. ¡Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramírez, de este querido amigo de mi juventud, de esta ilustre panacea de mi vejez! (Con tono jocoso.)

DOC. ¡Y qué juventud la suya, Remedios!... ¡Cuidado si era usted hermosa y tentadora y codiciable y!...

REM. No tanto... (Con coquetería.)

DOC. Lo es usted aún; ¡pero entonces!... Muchas veces entré á visitarla como médico y salí de su habitación en clase de enfermo. ¡Qué recuerdos! ¿eh?... ¡Ay amiga de mi alma!...

REM. ¡Ay, doctor! (Con resignación picaresca.) No evoque usted cosas pasadas, pecadillos de vanidad y coquetería; mundanos delirios que abominé *por siempre jamás*, al convencerme de que sólo en Dios reside la suprema ventura. (Con hipocresía.)

DOC. Sí, señora, sí. (Con sorna.) Ha cambiado usted mucho de tres ó cuatro años á esta parte. Entre Dios y el reuma nos la tienen á usted secuestrada.

MAT. Indudablemente. Y eso que, si mamá quisiera, aun podría darme padrastro.

DOC. Si hace falta uno, aquí estoy yo.

REM. (Con satisfacción.) ¡Este Ramírez!... (Con afectada seriedad.) Vaya, vaya, ocupémonos en el des-

pacho de mi sobrino. ¿Verdad que resulta precioso?

MAT. Admirable.

DOC. ¡Cuánto dinero va á meter tu presunto marido en estos cajones! (Golpeando los de la mesa del despacho. A Matilde.)

MAT. (Con mal disimulada ansiedad.) ¿Cree usted que sí?

REM. De seguro.

DOC. No te quepa duda. Aparte su ciencia, posee la más infalible condición para ganar dinero á esportones.

MAT. ¿Cuál?

DOC. (Con sarcasmo.) No necesitarlo.

MAT. Eso...

DOC. (Interrumpiendo.) Me parece que con dos millones de pesetas que os entregará don Homobono el día de la boda, no os moriréis de hambre.

REM. Sin embargo, Manuel, usted lo sabe, quiere trabajar en su profesión; y hace perfectamente. Por mucho dinero que haya nunca está demás.

MAT. Dí otra cosa: que está siempre de menos.

REM. No obstante, con la renta de esos millones y lo que Manuel gane podrás divertirte á tu antojo. Van á llamaros la pareja feliz.

MAT. ¡La pareja feliz! (Como preocupada.)

REM. ¡A ver!... Lo mismo decía tu pobre tío, el general difunto. (Señalando el retrato de la derecha.) Por eso encargó en el testamento á su mandatario y herederos, que os entregasen á tí y á Manuel, si os casábais, esos cuatrocientos mil duros. Pensaba en todo aquel caudillo.

DOC. Sí, señora, en todo. Gracias á él podemos decir que los norteamericanos sólo poseen la mitad de nuestras colonias.

MAT. ¿Por qué?

DOC. Porque la otra mitad se la trajo él á España. Era un patriota.

REM. (Semiofendida.) ¡Ramírez!

MAT. Hizo perfectamente.

DOC. Sobre todo para la comunidad de monjas que administra don Homobono.

REM. Las monjas...

DOC. (A Matilde.) Excepción hecha de la suma que recibiréis cuando os casen, han heredado todos los ahorros de aquel aprovechado y católico capitán.

MAT. Pero...

DOC. El general era muy precavido y se precavió también para el viaje eterno, girando un millón de duros al Paraíso. Así no le habrán puesto dificultades.

REM. Fué un santo.

DOC. Y Manuel y tú seréis dichosos, muy dichosos.

REM. Eso espero.

DOC. ¡Vaya!... Ricos, jóvenes, Manuel con talento, con hermosura tú, ¿qué más necesitais?... Para tus comodidades este hotel; para sus ganancias este despacho. Visitas de cortesía y visitas de enfermo no faltarán. Con el dinero que dejen las segundas, podeis sufragar el gasto que hagan las primeras.

REM. No obstante...

MAT. Por mucho que sepa Manuel, mientras se acredita...

DOC. Dale ya por acreditado. Un coche á la puerta, una casa magnífica, un despacho como este... y veinte mil duros de renta, acreditan á un médico antes que todas las curas y todos los diplomas del orbe.

REM. ¡Qué tontería! (Riendo.)

DOC. Es el Evangelio. Los enfermos y las alondras se parecen mucho. Hay que cazarlos con espejuelo.

REM. ¡Ah, pícaro!

DOC. (A Matilde.) ¡De modo que dentro de un par de meses, esposa de tu primo!... del viajero que hoy esperamos.

MAT. Sí, señor.

DOC. ¡Desventurado Enrique! (Con lástima cómica.)

MAT. ¡Enrique! (Confusa.)

REM. (Al Doctor.) ¿Pero usted cree que Matilde ha tomado eso en serio? Ni Enrique tampoco. Galanterías, tontunas de jóvenes. Ni él ni ésta recuerdan ya semejante cosa... (Breve

pausa. Como recordando.) Y las horas pasan y esa maldita... (Con hipócrita arrepentimiento.) ¿He dicho maldita?... ¡Jesús, Dios me perdone!... La costurera entretenida por allá dentro y sin venir á terminar el arreglo de estas colgaduras. (Toca un timbre que habrá sobre la mesa del despacho.)

DOC. (Bajo á Matilde.) De modo que ¿á Enrique carpetazo? (Con ironía.)

MAT. (Con sequedad.) Ya oyó usted á mamá. (Entra Petra por la puerta lateral derecha.)

ESCENA II

DICHOS y PETRA. En seguida AURORA

PETRA ¿Señora?

REM. ¿Y la costurera?

PETRA Aquí viene. (Entra Aurora por la puerta lateral derecha, llevando entre las manos un lío de flecos encarnados. Vestirá traje obscuro de lana y delantal blanco.)

REM. (A Aurora.) Hija, ¿usted cree que se la paga para no trabajar? (Con dureza.)

AUR. (Con humildad.) Señora, trabajando estaba. Había que unir los flecos y uniéndolos estuve hasta ahora.

REM. Bien, bien. De todos modos, y para una cosa tan sencilla, es mucho tardar. No hubiera tardado tanto yo.

PETRA (Aparte á Aurora.) ¡Ella!... El otro día tardó hora y media en pegar la manga de una blusa... y la pegó al revés.

REM. (A Petra.) ¿Qué haces ahí de conversación con Aurora? ¿Terminaste ya tu tarea?

PETRA No, señora.

REM. ¿Qué aguardas entonces? (A Ramírez que hojea un libro.) Como usted es de casa, me permito reñir á esta gente.

DOC. Por mí no hay que reprimirse: desahóguese usted...

REM. Son insufribles.

(Petra, que se dirige al fondo, llega cerca de Matilde.)

MAT. (Bajo á Petra.) ¿Ha venido Enrique?

PETRA (Bajo á Matilde.) No.

MAT. (Idem á Petra.) En cuanto llegue avísame sin que nadie se entere.

(Petra hace un ademán afirmativo y sale por el fondo.)

ESCENA III

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, DOCTOR RAMÍREZ. Al final MARIANO

REM. (Al Doctor.) Lo repito: insufribles.

DOC. (Con sorna.) ¡Paciencia!... Dios aconseja tener mucha.

REM. Se conoce que Dios no necesita lidiar con criadas y con costureras. (A Aurora.) ¿Qué haces ahí mano sobre mano?

AUR. Esperando que me manden ustedes.

REM. Deja eso en una silla, (Los flecos.) entra en aquel cuarto, (El de la izquierda.) y haz un dobladillo por abajo á la cortina del balcón. (A Matilde.) Arrastra mucho. (A Aurora.) Cuando termines, vuelves aquí y acabas de arreglar los flecos.

AUR. Está bien, señora. (Sale Aurora por la izquierda á tiempo que entra Mariano por el fondo.)

MAR. (Desde el fondo.) Don Homobono y el señor.

DOC. ¡Cómo! ¿Ya había salido de casa su hermano de usted? (A Remedios.)

REM. Sí.

MAT. ¡Vamos, son puntuales!

REM. Tienen ustedes tiempo sobrado para ir á la estación en busca de Manuel.

(Entran por el fondo don Ambrosio y don Homobono. Mariano, que sostiene las colgaduras, se inclina ante ellos y sale.)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, el DOCTOR RAMÍREZ y DON AMBROSIO

AMB. (A Remedios.) ¡Hola, hermana! (A Matilde y al Doctor.) Felices.

HOM. (Acercándose á Remedios.) ¡Mi señora doña Remedios! (A Matilde dándole un golpecito cariñoso en la cara.) ¿Y tú, Matildita? Muchos recuerdos me han dado las madres para tí. (A Remedios.) Y para usted.

REM. ¡Siempre tan cariñosas!

HOM. (Por Matilde.) Y con esta no hay que decir. ¡Claro! (A Remedios) Son sus maestras, quienes con el auxilio de usted, la educaron, (A Matilde.) las que han hecho de tí lo que eres: una mujer instruída, hacendosa, modesta y buena católica, que es lo principal.

REM. No hay otras como ellas. Son...

HOM. (Interrumpiendo.) Unos ángeles, señora, unos ángeles...

AMB. Indiscutiblemente.

HOM. Y ¿cómo les va con mi recomendada?

REM. ¿Con Aurora?

HOM. Sí.

MAT. No se porta mal.

HOM. La junta de señoras á quienes sirvo de agente en sus obras de caridad, tiene gran interés por ella: es muy dócil, y puede prestar en casa de usted excelentes servicios.

REM. En los dos días que lleva de costurera en casa, no tenemos queja.

DOC. (A Ambrosio.) Y tú ¿cómo tan madrugador, hombre?

AMB. Por culpa de un pleito que me trae á mal traer. Tengo que fallarlo cuanto antes y estoy preocupado, ¡muy preocupado!

MAT. ¡Pobre tío!

HOM. (A don Ambrosio.) Asunto intrincado ¿eh?

DOC. ¿Difícil?

AMB. Difícil por sí, no; pero el ministro tira de un lado; la marquesa de Altora, esa influyente y hermosísima dama, de otro, y no sé á qué carta quedarme.

DOC. ¡Vaya!... (*Con ironía.*)

AMB. Te digo que es una gran contrariedad. De una parte el ministro... esa mujer de otra... ¡Qué ministro más exigente, y qué mujer tan guapa!

DOC. De suerte que te hallas entre la política y la hermosura. ¡Infeliz Ambrosio! Son esos dos escollos terribles ante los cuales naufraga con gran frecuencia la justicia.

HOM. ¡La justicia es siempre la justicia!

DOC. Naturalmente. Y una mujer guapa, una mujer guapa; y un ministro, un ministro.

REM. De todas maneras, indisponerse con los ministros es mala cosa. Acuérdate de los traslados que sufriste á causa de aquel personaje.

AMB. ¡Vaya si me acuerdo!

DOC. Mira, Ambrosio: á tu edad, y en lo compatible con la justicia, debes optar por el ministro. Como magistrado aun puedes ascender: como hombre ya perteneces á las clases pasivas.

HOM. ¡Qué Ramírez este!

AMB. Dejémonos de bromas.

MAT. (*Impaciente.*) De lo que deben dejarse es de charlar tanto, para que no se pase la hora y se encuentre sólo Manuel en la estación.

AMB. No te apures mujer. Casi tanto como tú, deseamos nosotros verle. Todos le hemos conocido pequeño y, cuál más, cuál menos, educado.

HOM. La estación no está lejos.

MAT. Sí, pero...

DOC. ¿Tienes mucha prisa en ver á Manuel?

REM. Naturalmente.

MAT. Yo...

HOM. No te avergüences. La honestidad y la religión no están peleadas con el cariño. Dios no es egoista. Con tal de que se le admire por sí y se le respete en las personas de sus

ministros, disculpa las pasiones humanas; sobre todo cuando estas pasiones, son honradas como la tuya. (Golpeando cariñosamente la mejilla de Matilde.) Tener novio y quererle, no es un pecado. (Aparte.) ¡Qué cutis más suave tiene esta chiquilla!

DOC. ¡Qué ha de ser pecado! Y más tratándose de un novio como tu primo, quien, á más de su corazón, trae la fortuna en su bolsillo; es decir, en el bolsillo de don Homobono.

HOM. Fortuna que yo os entregaré con muchísimo gusto el día de la boda, cumpliendo los deseos de ese ilustre varón, (El del retrato.) gloria de la patria y ejemplo de cristianas virtudes. Sí, señorita, tendrán ustedes esos miles de duros. Deseando estoy dárselos.

REM. ¡Oh, don Homobono!... (Con gratitud.)

HOM. ¡Señora, por Dios! Se trata del cumplimiento de un deber. El testamento es terminante: «Como no tengo herederos forzosos, lego todos mis bienes á la comunidad, etc., encargando y rogando á mi mandatario y herederos, que si mis sobrinos Matilde y Manuel llegan á contraer matrimonio entre sí, les entreguen el día de su boda...»

MAT. (Impaciente.) ¡Vayan ustedes á la estación que se hace tarde!

DOC. (A todos.) Sí vamos. (A Matilde.) Vamos en seguida. Te lo traeremos al galope de mis dos caballos; un galope tranquilo. Los caballos de los médicos no tienen costumbre de galopar. Van casi siempre al paso: como los de las funerarias.

AMB. Este hombre se burla de todo: hasta de su oficio.

DOC. No ves que lo trato con confianza.

HOM. (A Remedios.) A propósito de Manuel: me han dicho que es hombre á la moderna, de ideas... de esas ideas revolucionarias, opuestas á los mandatos de la Iglesia y la sana moral.

REM. (Precipitadamente.) ¡No lo crea usted! Manuel sólo se ocupa de su carrera y de sus librotes.

AMB. Y de Matilde, por quien cada día muestra afecto mayor.

HOM. Me habrán engañado; y me alegro. Sería lástima que parte de un caudal amasado por hombre tan piadoso como el difunto, cayera en manos de un impío.

REM. Le han engañado á usted; Manuel, en las cartas que dirige á Matilde, habla algunas veces de cosas que ni ésta ni yo comprendemos; pero se refiere á sus estudios, á sus proyectos. De la religión y de la Iglesia, nunca dijo palabra.

HOM. Más vale así.

MAT. (A don Homobono.) No piense usted en ello, y vayan á buscarle.

AMB. ¡Andando!

HOM. ¡Hasta después! (Salen por el fondo don Homobono, el doctor Ramírez y don Ambrosio.)

MAT. ¡Ay! ¡Gracias á Dios!

ESCENA V

REMEDIOS, MATILDE. Al final AURORA y PETRA

MAT. ¡Qué aprensivo es el hombre! ¡Bastante le importará que Manuel sea ó no sea religioso!

REM. ¡Matilde!...

MAT. No es eso lo que le importa á él. Lo que le importa es soltar el dinero, la herencia para disfrutar de la cual he de casarme con mi primo.

REM. ¡Qué cosas dices! ¡Pensar así de don Homobono...!

MAT. Como gustes.

REM. Por supuesto, lleva razón, ignoro si Manuel cree en Dios ó no cree, pues sus cartas son muy extravagantes.

MAT. Sí. (Distraída.)

REM. Fué un disparate dejarle marchar al extranjero. ¿A qué fué?... A tomar una indigestión de sabiduría: ¡Como si para ser un buen médico hiciese tanta falta viajar! Lo que hace

falta son visitas. ¡Sabe Dios cómo se habrá vuelto en estos cincos años! En fin, lo importante es que os caséis y que os entreguen el dinero.

MAT. Como que sin dinero ni se puede vivir, ni gozar, ni tener éxitos en el mundo.

REM. Y que nuestra bolsa anda poco abundante. Sostenemos un tren superior á nuestros recursos; todo son ahogos...

MAT. No temas. Antes se hará la boda que llegues al fondo de tu caja.

REM. Y cuanto antes serás feliz; porque tú quieres á Manuel.

MAT. (Con displicencia.) Sí.

REM. ¡Indudablemente! Aquello de Enrique...

MAT. ¡Enrique!

REM. No es que yo presuma... Ya se que eres juiciosa y que por un capricho de niña no ibas á matar tu porvenir. Enrique es pobre; nosotros sólo contamos con un modestísimo pasar...

MAT. ¡Mamá, yo!...

REM. Por tí no habrá obstáculos, lo sé. Como no los ponga tu primo.

MAT. (Sorprendida.) ¡Manuel! (Con orgullo.) ¡Poner obstáculos Manuel! (Pasando por delante de un espejo y mirándose.) ¿Valgo yo tampoco?... Manuel está enamorado de mí: todas sus cartas lo demuestran. Antes de marcharse me adoraba... ¿No seguirá adorándome cuando me vuelva á ver? ¿He perdido tanto?

REM. ¿Tú perder, hija mía?

MAT. ¡Entonces!.. Anda, mamá, vamos á arreglarnos un poco. (Entra Aurora por la izquierda.)

ESCENA VI

AURORA, MATILDE y REMEDIOS. Luego PETRA

AUR. (A Remedios.) Ya está eso, señora.

REM. Pues empieza con las cortinas. (Toca el timbre que está encima de la mesa-despacho.) Y daos prisa para que esté concluído antes que venga el señorito. (Entra Petra por el fondo.)

PETRA ¿Llamaban ustedes?

REM. Ayuda á esa. (Por Aurora. Salen Remedios y Matilde por la derecha.)

PETRA (Aparte.) *¡A esa!... ¡A esa!* ¡Como si no tuviese una nombre!.. Pero, ¿qué es lo que se habrán figurao de nosotras *esas?*

ESCENA VII

AURORA y PETRA

AUR. No te enfades: así está hecho el mundo. Cada uno nace en él para una cosa: ellas para ser felices: nosotras para pasar trabajos.

PETRA ¡Pa ser felices!... ¡Así como así, lo merecen!... Sobre todo *éstas*; ¡la niña y la mamá!

AUR. (Trabajando.) ¡Mujer! (En son de protesta.)

PETRA Deja la labor, chica. Si no está dentro de media hora, estará dentro de una. No te atosigues: lo mismo han de agradecértelo y de pagártelo.

AUR. (Suspendiendo su labor.) ¡Ay! (Suspirando.)

PETRA ¿Por qué suspiras? ¿Estás de hocico con tu novio?

AUR. (Con tristeza.) ¡Mi novio!

PETRA O lo que sea. Algo hay que tener. ¡Miá que si después de pasarse una encerrá en casa quince días, trajinando como una mula, y aguantando pelmas, tuviese una que salir sola á paseo, y divertirse sola, aviá estaba una!

AUR. (Con amargura y como hablando consigo misma.) ¡Sola!

PETRA Y este es otro cantar. En toas las casas aonde entras á servir te dicen las señoras: «Le participo á usted que á mí no me gustan los novios ni los trapicheos.» ¡Miá que no gustarles!... Serán los de las otras, porque los suyos, ¡camaraíta si les gustan!... y por ristras como los ajos.

AUR. ¡Ay! (Suspirando.)

PETRA ¿Otro, ay?... ¿Te duele algo, muchacha?

AUR. El corazón me duele.

PETRA ¿De qué?

AUR. De pensar que nacimos muy desdichadas.

PETRA (sorprendida.) ¡Desdichás!

AUR. Sí.

PETRA ¡Bah!... No me tengo por desdichá yo. Cierto que sufro los malos humores y las impertinencias de mis amos; pero también me divierto con sus líos y me aprovecho de ellos; y tontera de éste, gatuperio del otro, y propina de aquél, no lo paso mal.

AUR. Si con eso tienes bastante...

PETRA Con eso, y con otra porción de cosas. ¡Poquito me divierto yo en las casas aonde sirvo, manque no haya señoritos jóvenes!

AUR. ¡Divertirte!

PETRA ¡La mar! Los señores se burlan y se ríen de nosotros siempre. ¡Buenos primos están! Nosotros sí que podemos burlarnos y reirnos de ellos.

AUR. ¿Nosotros?

PETRA Sí, mujer; ¿qué saben ellos de sus criaos? lo que sus criaos les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? Pues toó; sus secretos y sus trampas y sus inominias y sus ruindaes. Calcula quién puede reirse mejor. Si los criaos escribiéramos como esos de los libros, ¡cuántas novelas haríamos con la verdad!...

AUR. ¡Petra!

PETRA Yo no me quejo.

AUR. Y yo sé que es menester conformarse con la suerte que le toca á una; y me conformo y me doy por contenta cuando encuentro dónde ganarlo, como ahora que, gracias á don Homobono, he entrao aquí á coser.

PETRA ¡Entonces!

AUR. Pero hay momentos en que tomaría carrera y me rompería la cabeza contra las paredes.

PETRA ¿Y eso?

AUR. Ha sido muy perra mi vida. (Con desesperación.) ¡Muy perra!... Créelo.

PETRA Como la mía: como la de toas las probes.

AUR. No; más, Petra, más.

PETRA ¿Más?... Ya te comprendo, ea. Tú has reci-

bido un desengaño gordo en los siete años que hace que no nos vemos.

AUR. ¡Dios mío!

PETRA No jipes, no te recomas por dentro. Desahógate, mujer. Digo, si te doy confianza para ello.

AUR. ¿No has de dármela? Juntas nos criamos: en el mismo barrio nacimos...

PETRA Y de la misma hambre hemos partido la ración. Malos tiempos eran aquellos.

AUR. ¿Te acuerdas?

PETRA ¡Si me acuerdo pregunta!

AUR. Descalzas, vestidas de andrajos; solas en medio de la calle desde pequeñas. Solas y sin calor de nadie; ni aun el de nuestros padres, ni el del sol. Nuestros padres en la obra ó en la fábrica; el sol sin acercarse nunca á nosotros, porque la calle era tan estrecha que no lo dejaba pasar, y nosotras... Nosotras á la merced de Dios, haciendo juguetes con la basura del arroyo.

PETRA Y asín toa la semana.

AUR. Menos el sábado, que era peor aún; porque el sábado nuestros padres se emborrachaban y se gastaban el jornal juntos y volvían á casa con el mismo mal humor, y el mismo mal vino, y á la misma hora...

PETRA (Interrumpiendo.) Y á la misma hora, en punto, les atizaban á nuestras madres la misma tanda de cachetes. Tu padre y el mío se parecían una atrocidá. Pa mí que eran dos gemelos de incónito. Los domingos era mejor.

AUR. Si se había trabajao durante la semana. Si no, eran un día de hambre más.

PETRA Es nuestro sino: trabajar ó andar con el apetito á morrones. Diez años teníamos cuando entramos tú y yo en la frábica.

AUR. (Con odio.) ¡La fábrica! ¡Maldita sea! ¡Cuánto la odio!... En ella quedaron los dos únicos regalos buenos que Dios me hizo; mi niñez y mi honra.

PETRA ¡Ay! (Con tristeza y escepticismo.)

AUR. La primera vez que entré en la fábrica lo

hice volviendo la cabeza pa mirar la calle, donde quedaban otras niñas, disfrutando del aire, del sol, mientras yo iba á sufrir el humo de los fósforos y la humedad negra del taller. Cuando salí por última vez de la fábrica, lo hice bajando la cabeza y cerrando los ojos, para no ver á las otras mozas, á las que de niñas me contemplaban con orgullo porque eran más felices que yo y de jóvenes podían mirarme con desprecio porque eran más honradas. ¡Ay Dios mío!... ¡Dios mío!... (Sollozando.)

PETRA Vamos, mujer, vamos.

AUR. ¡Y aquel hombre! ¡Aquel hombre!... (Con rencor, con desesperación.) ¡Bien se aprovechó de mi ignorancia!... ¡Era el amo, ¡el amo!, el que desde pequeña mandaba en mi voluntad y en mi cuerpo! Tan acostumbrada estaba á obedecerle, que hasta, para deshonrarme le obedecí.

PETRA ¡El tío canalla!

AUR. Muy canalla. ¡Mucho! Yo había cumplido entonces catorce años. ¡Qué sabía yo!... ¿Eres niña? ¿Aún no te has enterado de nada, ni de lo que es vivir y gozar tan siquiera? Pues duro, á la fábrica, á ganarte el pan, á sacarte un salario, porque es preciso, porque el salario de los padres no basta para todo; á obedecer al amo, que es quien dispone de tu jornal y de tu comida; quien puede echarte de la fábrica á puntapiés y hacer que revientes de hambre en medio del arroyo. El amo es tu Dios: dispone de tí, manda en tí... Esta idea es la que le meten á una en los sesos, y una, claro, á cumplir con el amo, á sudar para él, á trabajar para él, á hacerse tiras la carne y polvo los huesos para él. ¡Qué remedio! Es la obligación. Y si el sudor te ahoga, y el fósforo te asfixia, y el trabajo te mata, y tu carne se rompe á cachos, y tus huesos se parten á crujidos, ¡no importa! Aguántate que para eso te pagan. Y si no basta eso, si el amo necesita tu carne para su diversión como la necesita para su

enriquecimiento, á dársela también: ¡por algo mantiene á tus hermanos y á tus padres, y á tí! ¡por algo te da una peseta de jornal diaria!... Ahí tienes lo que aprendí yo; lo que me enseñaban mis compañeras. ¡Ahí lo tienes! Y como me enseñaban esto, y me decían esto, y no sabía, ni veía otra cosa que esto, ¿qué iba á hacer yo, Petra? Lo que hice; lo que él quiso. ¡Qué afortunadas son las obreras feas! ¡A esas no les piden más que trabajo! (Rompe en sollozos.)

PETRA ¡Vaya, vaya, no te acongojes! Lo que no tié remedio á la espalda.

AUR. Después lo de siempre; como una es un estorbo para el amo, á la calle fuí.

PETRA Y claro, tus padres te pusieron de vuelta y media y te echaron las cosas en cara cuando te quedaste sin jornal. Eso es lo que sucede.

AUR. Al poco tiempo, ya lo sabes, mi padre se cayó del andamio y se estrelló contra las piedras, mi madre murió cinco meses después y nosotros, los hijos, los hermanos, echamos cada uno por su lado, á buscárnoslas, á no volver quizá á vernos en el mundo, como los pájaros pequeños, cuando un tiro mata á los grandes. ¡Sola me quedé yo! ¡Sola!... ¿Por qué no morí el mismo día que mi madre?

PETRA ¡Chica! (Tratando de consolarla.)

AUR. Un día me encontré sin trabajo y caí enferma y me llevaron al hospital... ¡En el hospital conocí á Manuel! (Con pasión.)

PETRA ¡A Manuel! (Con asombro cómico.)

AUR. Sí, á Manuel. ¿Por qué me miras así como si desearas alguna cosa?

PETRA Pues pa que me presentes á Manuel, porque no tengo el honor de tratarle.

AUR. Estaba en mi sala de practicante. Casi un chiquillo; veintiún años. ¡Se condujo tan bien conmigo, me tuvo tantas atenciones mientras duró mi enfermedad!... Era tan cariñoso, tan simpático...

PETRA Que te enamoraste de él y él de tí.

AUR. Sí, Petra. Le quise como no había querido

nunca, como no querré más. Manuel me resultaba un hombre distinto de los otros. Me parecía un Dios; y eso fué, en aquel año de felicidades, mi Dios... ¡Le debo tanto! Me enseñó á leer, á escribir, más que eso todavía, á ser buena: á lo que no me había enseñado nadie.

PETRA Eso...

AUR. Y, ¿sabes tú, Petra? á medida que iba aprendiendo lo que él me enseñaba, á medida que iba siendo otra criatura, le quería más, y sentía más vergüenza de mí y más odio contra el pasado.

PETRA ¿Por qué?

AUR. Porque ese pasado nos separaba; porque él no podía querer, con querer duradero, á una desdichada como yo; porque él necesitaba otra mujer que le diese lo que yo no podía darle. Esa es la mujer que él merecía, la que merece, la que tendrá.

PRTRA Pero Aurora...

AUR. ¿Comprendes ahora mi desesperación? Yo hubiera querido ser esa otra mujer y llegar á Manuel como llegará la otra, sin llevar en le carne las caricias de ningún hombre y en la conciencia el recuerdo de ninguna infamia... ¡Ah! ¿por qué no lo conocí antes? ¿Por qué no vino á mi encuentro aquel día maldito? ¿Por qué no estuvo en la puerta de la fábrica cuando yo llegué á ella y me cogió por un brazo y me llevó con él!... ¿Quién más dichosa entonces?... No fué así: vino tarde: recogió en mí, lo que había sobrado á los otros... No: yo no era para él: por eso admití resignada el momento de la separación.

PETRA ¿Os separásteis?

AUR. ¿Qué íbamos á hacer? Era preciso. Ni él podía sacrificarse por una mujer como yo, ni yo permitir que lo hiciera. Nos separamos. Al poco tiempo él marchó fuera de Madrid, yo continué trabajando y sufriendo. Era justo; no le merecía. Que Dios le pague el bien que me ha hecho.

PETRA ¿A tí?... ¡Bien á tí!

AUR. ¿No te dije que me enseñó á ser buena?

PETRA ¡Si no estás loca te falta el canto de una perra chica! Pues por eso, porque te has vuelto buena no debió dejarte. Más vale la que aprende á ser mala y se vuelve buena que la que aprendiendo á ser buena se hace mala. Por supuesto esas tienen más suerte.

AUR. ¡Quién sabe!

PETRA Cualquiera. Pregúntaselo á la señorita Matilde. Ahí está la moza preparándose á recibir al que viene á casarse con ella y entendiéndose con Enrique.

AUR. No murmures. Eso no puede ser.

PETRA ¡Que no! Como viniste anteayer, no has tenido ocasión de fijarte.

AUR. Vaya, vaya, déjame concluir la tarea.

(Aurora se arrodilla delante del balcón que está frente á la mesa y empieza á coser la colgadura, colocándose en forma que la mesa la oculte por completo á los ojos de los que entren por la puerta de la derecha y á los de los que entren por el fondo.
Entra Matilde por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

AURORA, PETRA y MATIDE. Al final ENRIQUE

MAT. (A Petra.) ¿Aún no vino Enrique?

PETRA No, señorita.

MAT. ¡Parece mentira que tarde tanto! (Con impaciencia.) ¡Y hoy... hoy!...

(Entra Enrique por el fondo.)

PETRA (A Matilde.) Aquí está don Enrique.

MAT. (Dirigiéndose hacia Enrique, que también se dirige á ella.) ¡Por fin!...

(Sale Petra por la puerta de la derecha.
Enrique y Matilde se encuentran en el centro de la escena.
Enrique rodea con un brazo la cintura de Matilde, acción que es vista por Aurora.)

ESCENA IX

MATILDE, ENRIQUE y AURORA oculta por la mesa y sin ser vista de Matilde y Enrique

ENR. He tardado mucho, ¿verdad?

MAT. En ascuas me tenías.

(Enrique coge entre sus manos una de las de Matilde y conduce á ésta al puff, donde toman asiento los dos, volviendo la espalda á Aurora.)

MAT. (A Enrique.) Temía que vinieses tarde. No vernos, no hablarnos antes de llegar él.

(Aurora seguirá toda la escena con atención creciente, interrumpiendo su labor para manifestar con sus gestos la impresión de vergüenza y asco que el diálogo entablado entre Matilde y Enrique le produce. Es esta una escena durante la cual la actriz habrá de suplir la palabra con la expresión de su fisonomía, con objeto de evitar apartes, siempre convencionales y casi siempre ilógicos. Escena durante la cual deben reflejarse en el rostro de aquella obrera envilecida por la miseria y por el abandono, pero honrada de condición y leal de caracter, múltiples sentimientos, entre los cuales predominarán dos: el de irse encontrando superior poco á poco á los dos miserables que tiene enfrente, y el del asombro y la repugnancia que maldades, de las que ella no es capaz, le producen. Al talento y á la discreción de la actriz encargada del papel de Aurora queda confiada esta escena, que ella sola debe crear y transmitir al público.)

ENR. Vernos sí, porque verte constituye la felicidad mía; pero hablarnos... ¿De qué, y á qué? Cuanto podíamos hablar lo hemos hablado anoche.

MAT. Es que yo...

ENR. Lo inevitable no se discute.

MAT. Enrique...

ENR. Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, de mi ser entero, que no halla, que no podrá hallar en el mundo criatura como ésta cuya sangre arde junto á mí, te diría: No te

cases, renuncia á Manuel, seamos el uno del otro para siempre, sin obstáculos, sin mortificaciones de ninguna clase; gocemos á la luz del día lo que en el misterio gozamos hoy.

MAT. ¿Eso dirías? (Con pasión.)

ENR. Con toda mi alma. ¿Pero y luego?

MAT. ¡Luego! (Con tristeza.)

ENR. ¿Lo ves? Tú misma contestas con ese luego. Tú también comprendes como yo, que la boda con Manuel es inevitable.

MAT. ¡Ay! (Suspirando.)

ENR. (Cogiendo las manos de Matilde y oprimiéndolas entre las suyas.) Deshecha tu boda con Manuel, adiós fortuna; adiós caudales y señoríos de riqueza y de lujo. Adiós porvenir tuyo; adiós porvenir mío también.

MAT. ¡Cómo!

ENR. Yo soy pobre. Tú necesitas riquezas para ser dichosa; yo las necesito para imponerme á las gentes, para dominarlas. Ni tú ni yo podemos renunciar á nuestras ambiciones; seríamos muy desgraciados. En cambio, si tú te casas con Manuel, si yo logro encontrar la fortuna que busco... la que hallaré...

MAT. Enrique...

ENR. La hallaré, sí.

MAT. ¿Y yo?

ENR. ¡Para mí no existe, no existirá nunca más que una mujer en el mundo! (Atrayendo á Matilde hacia sí.)

AUR. ¡Qué infames! (Se levanta indignada y sin poderse contener, produciendo un ruido que hace volver la cabeza á Matilde y Enrique.)

ENR. ¡Gente! (Sorprendido.)

MAT. ¡Aurora! (Reparando en Aurora, que ha quedado en pie junto á la mesa.) ¿Estabas ahí? (Con intranquilidad.)

AUR. No; acabo de entrar en este momento.

(Entra Remedios por la derecha.)

ESCENA X

AURORA, REMEDIOS, MATILDE y ENRIQUE

REM. (Procurando disimular su contrariedad; á Enrique.) ¿Usted por aquí?

ENR. ¿Cómo iba á faltar sabiendo que llegaba hoy á esta casa mi antiguo compañero de estudios? Deseando estoy saludarle.

REM. (A Aurora.) ¿Acabaste?

AUR. Sí.

REM. Vete con Petra al comedor y ayúdala á poner la mesa. Ya no deben tardar. (Sale Aurora por la derecha.) Un almuerzo de familia. (Con intención.) Si quiere usted quedarse...

ENR. De ningún modo; me están aguardando en el ministerio á la una en punto. Así es que en cuanto salude á Manuel...

(Entra Petra precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XI

MATILDE, REMEDIOS, PETRA y ENRIQUE. Al final MARIANO y MANUEL

PETRA ¡Señora! ¡Señorita!... ¡Ya llegó el viajero! Acaba de apearse del coche. ¡Qué guapo!

MAT. (Bajo á Enrique.) ¿De modo que es preciso?

ENR. (Bajo á Matilde.) Preciso.

REM. (A Matilde.) Niña, ¿qué haces ahí como un poste?... Vamos á buscar á Manuel, á salir á su encuentro. (A Petra.) Tú, avisa á Aurora y preparad el lavabo, el baño... todo lo que haga falta.

PETRA (Asomándose á la puerta derecha.) ¡Aurora! (Llamando.)

REM. (A Matilde.) Anda, niña, anda. (Entra Aurora por la derecha.)

AUR. (A Petra.) ¿Qué?

(Petra habla bajo con Aurora como trasmitiéndole el recado de doña Remedios. Aurora y Petra se dirigen

hacia la izquierda, Remedios y Matilde hacia el fondo. En este momento se abre la puerta de cristales que habrá en el segundo fondo, y entra por ella Manuel. Detrás de éste Mariano, que llevará en las manos una maleta y un portamantas, y entrará por la puerta de la izquierda con ellos. Aurora y Petra quedan á la izquierda contemplando á Manuel que, sin reparar en ellas, se dirige al sitio donde están Remedios y Matilde. La actitud de Aurora al ver á Manuel será de asombro, de dolor y alegría á un tiempo.)

ESCENA XII

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, PETRA, ENRIQUE y MANUEL. Al final el DOCTOR RAMÍREZ, DON HOMOBONO y DON AMBROSIO

AUR. (Viendo á Manuel.) ¡Qué! (Vacilante y apoyándose en la mesa de despacho.)

MAN. (Dirigiéndose á Matilde y Remedios.) ¡Tía! ¡Matilde! (Cogiendo entre sus manos las de Matilde y mirándola cara á cara.) ¡Así! ¡Que pueda mirarte de cerca! ¡Estás hermosísima!

MAT. Manuel...

AUR. (Aparte.) ¡Manuel!

PETRA (Bajo á Aurora.) ¿Qué tienes?... Paeces una muerta... Se te saltan las lágrimas...

AUR. ¡Yo!... ¡Qué tengo yo!... ¡Nada! Vamos á cumplir nuestra obligación. (Sale por la puerta de la izquierda seguida de Petra.)

MAN. (Reparando en Enrique.) ¡Caballero!... ¡Calla, si es Enrique!.. ¡Perdóname, chico! (Abrazándole.) (Entran por el fondo el doctor Ramírez, don Ambrosio y don Homobono, á tiempo que aparece por la izquierda Mariano y se retira por la izquierda.)

AMB. Manuel anda más deprisa que nosotros. (A Remedios.)

MAN. (A Enrique.) ¿Conque bien?

ENR. Admirablemente. Y ya—sólo me detuve para ello—ya que te he dado la bienvenida, me despido de tí.

MAN. ¡Tan pronto!

ENR. Asuntos urgentísimos. Nos veremos des-

pués. Matilde... Remedios... Señores... (Enrique saluda y sale por el fondo.)

DOC. (Bajo á don Homobono.) Como en los cambios de ministerio. Enrique ha dado posesión al ministro entrante.

HOM. No se burle usted. La resignación es una gran virtud. (Con irónica sencillez.)

ESCENA XIII

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, el DOCTOR RAMÍREZ, DON HOMOBONO y DON AMBROSIO

AMB. (Á Matilde.) Ya le tienes aquí.

MAN. Sí, Matilde, aquí estoy: aquí tienes al sabio, como me llamabas irónicamente en tus cartas: á este hombre que ha querido estudiar mucho y quiere valer mucho para hacerse digno de tu belleza, de tu bondad y de tu cariño.

MAT. Gracias.

REM. ¡Manuel! (Con satisfacción y cariño.)

AMB. ¡Bravo, chico, bravo!

HOM. ¡Picarón! Cinco añitos por esos mundos de de Dios, es decir, del diablo, porque Inglaterra y Alemania son protestantes; y Francia peor todavía, porque es republicana. ¡Lástima que esos pueblos estén por sus costumbres y por sus creencias fuera de nuestra santa religión, y lástima que los jóvenes vayan á ellos con achaque de aprender ciencia!

MAN. ¡Qué remedio, don Homobono! En la España católica la enseñan pocos, y á esos pocos ó no les hacen caso ó les dejan morirse de hambre en un rincón.

HOM. ¿Eh? (Con mal gesto.)

MAN. Además, poco importa que sean católicos ó protestantes los pueblos donde la ciencia vive y se dignifica y adelanta.

HOM. ¿Cómo?

MAN. La ciencia se cuida poco de religiones. Sólo tiene una: la verdad. Como sólo tiene dos

enemigos irreconciliables: el fanatismo y la intolerancia.

HOM. ¡Eso!...

DOC. (A Ambrosio aparte.) El muchacho se explica.

AMB. (Al Doctor.) Demasiado.

REM. (A Manuel.) Pero hijo...

MAN. Sí, señora, sí. La ciencia, el arte, todas las grandes manifestaciones intelectuales necesitan aire, expansión... Para ellas no puede, no debe haber otras barreras que las naturales, las que el juicio ataca y el trabajo destruye; no las que se crean al amparo de cobardes egoísmos y de tradiciones ridículas. Por eso, en los países de donde vengo yo, la ciencia y el arte producen, conquistan y se engrandecen en beneficio de la humanidad; por eso, en el nuestro agonizan y andan con paso de tortuga. No; nuestro atraso no es culpa propia; lo es de esas intolerancias, de esos fanatismos que, prometiéndonos dichas en el cielo, nos embrutecen en la tierra y acabarían por destruirnos, por matarnos si se les dejase: pero no haya cuidado, no les dejaremos; hay muchos como yo, muchos dispuestos á combatir sin tregua, para que el suelo donde hemos nacido, no se transforme en una momia geográfica. (Con entusiasmo y sin reparar en el asombro y mal gesto de todos.)

HOM. (Levantándose.) ¡Esto es inaguantable! (Se dirige hacia el fondo.)

MAT. ¿Dónde va usted?

HOM. Al jardín, á respirar el aire un poco: esta atmósfera me ahoga. (Bajo cuando llega junto á Remedios.) ¿No se lo decía yo á usted? De la cáscara amarga. (Sale por el fondo.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos DON HOMOBONO

MAN. Pero, ¿por qué se va?

DOC. ¡Qué sé yo!

AMB. Sin duda por no discutir tus ideas.

REM. Don Homobono es muy religioso.

MAT. Tal vez se haya ofendido.

MAN. (Sorprendido.) ¡Ofenderse! ¿Con qué motivo? Sea religioso don Homobono cuanto le venga en gusto; nada más respetable que la conciencia de los demás; cada cual puede creer aquello que le plazca, tener la religión que le plazca.

DOC. Conformes.

MAN. Lo que no es posible es que, con pretexto de religión, se trate de esclavizar la ciencia, de poner mordazas al entendimiento, de inmovilizar las sociedades. Eso he dicho yo; no otra cosa.

AMB. Sí; pero te expresas con tal vehemencia...

MAN. Con la vehemencia de una convicción firme.

REM. No obstante...

MAN. Si don Homobono no se hubiera marchado, si me hubiese dejado concluir, estaría conforme conmigo.

MAT. ¿Contigo?...

MAN. ¡Claro! El, servidor humilde, amante fervoroso de Cristo, ha de estar conforme con quien, como yo, procura por la verdad y por el bien y por la justicia.

AMB. Eso lo respetamos todos.

MAT. Naturalmente.

REM. Indudablemente.

DOC. Indiscutiblemente.

MAN. ¡Pues entonces!... Sí; la verdad, el bien, la justicia. La verdad; la inteligencia de cada uno esforzándose en descubrir verdades, pequeñas, relativas, si ustedes quieren, pero que una á una, cada una de por sí, vayan formando como escalones múltiples por los cuales se llegue á la verdad absoluta, suprema. El bien, no el bién particular, el común, el que, siendo igual para todas las criaturas, acabará por hacerlas felices: eso quiero yo; y quiero también el triunfo de la justicia, de la justicia justa, entendámonos, de la que está escrita en las conciencias más que en los libros, de la que no puede dispensar-

se á capricho de jueces venales, ganados por la influencia ó por el oro ó por la belleza; la justicia cuyos fundamentos...

AMB. Voy en busca de don Homobono. (Con mal humor.)

MAN. ¡Tío!

AMB. El hombre está solo, aburriéndose en el jardín.

MAN. ¿He molestado á usted también? (Con sinceridad.)

AMB. De ninguna manera. (Procurando reprimirse. Con ira.) ¡Estamos frescos con el mozo! (Sale por el fondo.)

ESCENA XV

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL y el DOCTOR RAMÍREZ

MAT. (A Manuel.) ¡Ea! déjate de discursos y dime lo que te parece el despacho.

MAN. (Mirando el despacho distraídamente.) Muy bien. (Se acerca al armario de aparatos quirúrgicos y lo abre.) Los instrumentos son de primer orden.

DOC. No falta requisito. Ya ves: armario, biblioteca, comodidades...

REM. La mesa es de nogal: á la última moda.

MAT. La sillería de cuero de Córdoba. Mira. (Enseñando el despacho á Manuel.) Calefacción por gas... lámpara eléctrica de seis brazos...

MAN. (Distraído.) Bien, bien... ¿Y el laboratorio? (A todos.)

REM. (Sorprendida.) ¿El laboratorio?

MAT. El...

MAN. El laboratorio. ¿De qué se sorprenden ustedes? Mi cuarto de trabajo, de estudio. El gabinete donde pasaré horas y horas, la vida entera, si es preciso, para arrancar á la ciencia una palabra más, aunque sea una sílaba.

DOC. (Contrariado.) El laboratorio...

MAN. Naturalmente. Me es imprescindible. Amo mi profesión: tengo propósito de dedicarle todo mi esfuerzo cerebral. No; no pienso hacer de ella, sola y exclusivamente, oficio

lucrativo; eso es lo menos. No crean ustedes que voy á ser como ciertos médicos que, con cuatro fórmulas y cuatro farsas y un coche propio y un despacho magnífico, procuran su medro personal y embaucan tontos y alucinan imbéciles y conquistan necios. No, mis aspiraciones son más altas, más serias.

DOC. (Aparte.) Me parece que ha llegado el momento de ir á reunirme con don Homobono y con don Ambrosio. Alto á Remedios.) ¿Y ese almuerzo, Remedios?

REM. Ya debían haber avisado.

DOC. En tal caso voy por los prófugos. (Se dirige al fondo y sale por él.)

REM. Y yo á meter prisa á los criados. (Se dirige á la derecha.)

MAN. ¿Y mi laboratorio?

REM. (Con mal humor.) Ese le pones tú á tu gusto. (Sale por la derecha.)

ESCENA XVI

MATILDE, MANUEL. Al final AURORA

MAN. (Dirigiéndose á Matilde.) Sí, Matilde. Mis proyectos son grandes. Sólo con grandes proyectos y con grandes esperanzas de realizarlos me hubiese atrevido á pretender la posesión tuya.

MAT. ¡Manuel!

MAN. Sí; te amo, te amaba antes de separarnos. Con la ausencia ha crecido este amor.

MAT. ¡Manuel, por Dios, yo no merezco!...

MAN. (Estrechando cariñosamente las manos de Matilde.) ¡Que no mereces!... Todo. De ahí que me haya esforzado en valer mucho; y valgo mucho; disculpa mi inmodestia, pero contigo quiero ser inmodesto. ¿Permites que lo sea? (Con dulzura y cariño.)

MAT. ¡No lo he de permitir!

MAN. Pues oye. Tengo ideas grandes, muy grandes. Ya te las diré una por una. La ciencia será mi acicate; tú mi aliado.

MAT. ¡Yo!...

MAN. ¡Qué deliciosa nuestra vida futura! Lejos del mundo, apartados de sus estúpidas vanidades y de sus fútiles placeres: el uno para el otro y los dos para una felicidad sola. ¡Venturoso hogar el que nosotros cimentemos en el apartamiento, en el trabajo y en la honradez!

MAT. (Que ha seguido con creciente contrariedad las frases de Manuel.) Sí... sí... (Procurando dominarse; toca el timbre.)

MAN. (Sorprendido.) ¿Qué haces?

MAT. ¿No lo ves?

MAN. ¿Llamas?

MAT. ¿Te has olvidado de que aquellos señores nos aguardan para almorzar? Tendrás que arreglarte. (Manuel hace un gesto de desagrado y se vuelve de espaldas á la puerta de la derecha, por donde entra Aurora.)

MAT. (A Aurora.) Mira si está todo dispuesto en el cuarto del señorito. Hasta luego, Manuel. (Aurora pasa hacia la izquierda en forma que queda detrás de Manuel cuando éste se vuelve.)

MAN. Pero...

MAT. Adiós...

MAN. ¡Ella también me deja!... ¡Todos me dejan!... ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? (Se vuelve hacia donde está Aurora, que le contempla con amor y tristeza.)

AUR. (Bajo.) ¡Pobre Manuel!

MAN. (Fijándose en Aurora.) ¡Cómo!... ¿Será posible?... ¿Qué posible? ¡Seguro!... Es Aurora. (Dirigiéndose á ella.) Aurora, ¿eres tú?

AUR. (Con tristeza.) Yo soy, señorito Manuel. (Sale por la izquierda.)

MAN. ¡Aurora! (En actitud de meditación y de recuerdo.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación central de la parte baja del hotel indicado en el acto primero.

Al fondo una galería de cristales, que comunica con el jardín, algunos de cuyos árboles se verán tras de la vidriera. Una puerta grande de dos hojas que habrá en el fondo, comunica con esta galería.

Á la derecha dos puertas, que suponen unir con el salón las habitaciones donde residen Remedios, don Ambrosio y Matilde. A la izquierda otras dos puertas; la del primer término comunica con el despacho y dormitorio de Manuel; la del segundo, con el cuarto donde se supondrá que éste ha establecido su laboratorio.

A la derecha, en primer término, un diván bajo, de respaldo ancho y corto. Entre las dos puertas de la izquierda, una chimenea; entre las dos de la derecha, un mueble escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir.

En las paredes cuadros de paisaje; fotografías, reproducciones de dibujos de «sport», caza, equitación, pesca, juego de volante, pelota, etc. En los rincones, mesitas maqueadas portátiles.

El resto del mueblaje lo constituirán sillas de diversas formas, butaquitas y mecedoras.

Al levantarse el telón, aparecen en escena sentados sobre el diván, Remedios y Ambrosio.

ESCENA PRIMERA

REMEDIOS y AMBROSIO

REM. Te aseguro que si no fuese porque estamos entre la espada y la pared, no sería Manuel el que se casase con Matilde. Cada día me es más antipático el hombre.

AMB. Insoportable; de todo punto insoportable.

REM. No abre la boca, que no lo haga para mortificar á alguno de nosotros ó á alguna de las cosas que merecen nuestro respeto.

AMB. Dilo; porque no es otra su ocupación desde hace una semana. El día de su llegada aquí, durante el almuerzo, me faltó poco para tirarle un plato á la cabeza.

REM. ¡Y á mí!

AMB. Estos jóvenes de hoy creen que el mundo puede volverse del revés con la misma facilidad que los calcetines.

REM. Algunas veces me parece que Manuel está loco.

AMB. ¡Loco! No caerá esa ganga. A los locos se les encierra.

REM. ¡Pobre Matilde!

AMB. No hay duda que se va á divertir.

REM. Afortunadamente, Matilde no se deja dominar así como así. En ésta, como en otra porción de cosas, saca mi carácter.

AMB. Creo que te forjas ilusiones. El tal Manolito tiene mucho genio. No se dejará imponer fácilmente.

REM. ¡Bah!... Peor genio gastaban otros, y sus mujeres les han vuelto mansos.

AMB. Convengamos en que Manuel es imposible.

REM. Atroz. Pero, qué remedio, hay que apencar con él, ó quedarse por puertas. Y menos mal que hace unos días, desde el siguiente á su llegada, anda muy ocupado con la instalación del laboratorio, y apenas si lo vemos á más horas que á las de comer y almorzar.

AMB. Con ellas tiene bastante para ponernos de mal humor á todos. ¡Dichosos de los que no viven en la casa!... Esos con dejar de venir, están del otro lado. Ya lo hacen.

REM. Ambrosio...

AMB. Por de pronto, Enrique no ha vuelto.

REM. Enrique tiene sus motivos. La situación suya es muy difícil...

AMB. Convengo en que á Enrique le asisten motivos especiales para alejarse de nosotros. ¿Y á los demás? Ramírez...

REM. En el laboratorio está con Manuel.

AMB. Don Homobono...

REM. Por don Homobono llevas razón. Desde que Manuel le soltó àquella rociada, muestra una actitud que... Vaya, hablando con toda claridad, me parece que á don Homobono le vendría de perlas que, por las inconveniencias de Manuel, se frustrase la boda.

AMB. ¿A qué cuento?

REM. ¡Pareces tonto, hombre! Si la boda se deshace, ¿quién se queda con el dinero?

AMB. ¡Mujer!... No seas mal pensada. Don Homobono es sujeto excelente, incapaz de tales propósitos Además, nos quiere mucho y le conviene estar bien con nosotros. Hoy mismo ha de traerme una nota referente á un pleito de sus administradas, pleito en cuya tramitación intervengo yo.

REM. Sin embargo, no hay que fiarse mucho. (Aparece en el fondo don Homobono.)

ESCENA II

DICHOS y DON HOMOBONO

HOM. (Desde el fondo.) ¿Estorbo?

REM. ¡Estorbar usted, queridísimo amigo!... ¡Al contrario! Echándole estábamos de menos y temerosos de que estuviese usted ofendido.

HOM. (Con sencillo asombro.) ¡Yo!...

AMB. Las imprudencias de Manuel...

HOM. (Con ingenua expresión.) ¡Ofenderme yo, señora mía! Nunca me ofendo. Jamás guardo rencor á nadie. Mis creencias y mis sentimientos, educados en esas creencias, lo impiden.

REM. (A Ambrosio.) ¡Es un santo!

HOM. Nunca me ofendo con mis prójimos. Menos había de ofenderme con Manuel.

AMB. Ya se lo decía yo á Remedios.

HOM. No es culpa suya. Tiénela el pícaro tiempo en que vivimos. Deplorable resulta que las diabólicas ideas del siglo hayan penetrado en la conciencia de ese joven, nacido en el seno de una familia tan irreprochable como la de ustedes. Malo sería que se aprovechase, en servicio del mal, una inteligencia que todos querríamos ver empleada en servicio de Dios.

AMB. Sí. Sería gran pena.

HOM. Vaya, aún no se halla Manuel absolutamente perdido.

REM. Igual pienso yo.

HOM. Ustedes con sus consejos, Matilde con la persuasiva influencia del cariño, yo, propio, que algún valimiento he de tener con él, procuraremos arrancarle de la mala senda devolviéndole al buen camino, al que no debió abandonar nunca. Volverá, es de suponer que volverá, y... ¡arrepentidos quiere el cielo!

REM. El Señor le oiga á usted.

HOM. ¿Y qué tal, qué tal se conduce Manolito desde que no le veo?

AMB. Haga usted cuenta que lo mismo.

REM. (Con impaciencia.) ¡Ambrosio!

AMB. ¿Por qué no decirlo, si es cierto? Peor que cuando llegó aquí; tronando contra lo existente; jurando y perjurando que es necesario renovarlo, cambiarlo, rehacerlo todo. ¡El delirio!

REM. Cosas de muchachos.

HOM. Sí, si; pero por lo visto el mal tiene raices hondas. La mayor parte de los amigos, de los compañeros, de los maestros é ídolos de Manuel, son unos ateos, unos revoluciona-

rios rabiosos. ¡Calculen ustedes dónde irá con semejantes compañías!

AMB. Al infierno... Y no hablemos nada de Matilde.

REM. (Queriendo interrumpirle.) Matilde...

AMB. Ese inventor de microbios nuevos y de sociedades novísimas, quiere conventirla en su esclava, hacerla vivir lejos del mundo; moliéndole ingredientes, sin duda, mientras él la muele á ella á fastidios, á disgustos y á aburrimientos.

REM. Pero, hermano mío...

AMB. (Con impaciencia y con enojo.) No; Matilde no puede amar á un tipo de esas condiciones. Será una víctima con él.

HOM. Ahí tiene usted una cosa más grave que todo lo anterior.

REM. ¿Eh?

HOM. Aparte que un sujeto, minado por tan perniciosas ideas, puede inculcarlas en la conciencia de Matilde, haciendo á ésta perder, por terrenas felicidades, la felicidad celestial, si ella no le ama, y por no amarle, se hace infeliz, la boda significaría un peligro para ella y acaso un crimen para quienes le aconsejen y la permitan.

REM. ¡Cómo! (Con creciente disgusto.)

HOM. La paridad de sentimientos precisa para la ventura doméstica; sin cariño verdadero, profundo, no hay dicha posible en los matrimonios, y un mal matrimonio sólo puede acarrear desventuras. Si Matilde no quiere á Manuel, si no ha de ser dichosa...

REM. ¿Qué?

HOM. No debe casarse.

REM. ¡Eso! ¡Y que las monjas carguen con todo! (En un inevitable arranque de despecho.)

HOM. (Levantándose.) ¡Remedios!

REM. (Dominándose.) Sí, señor, que se lo llevaran todo, antes que fuese infeliz mi Matilde. Mejor estaría el dinero en manos de aquellas queridísimas madres que en las de un hombre y una mujer unidos ante Dios, sin sentir un afecto verdad. Ahí tiene usted lo

que yo pienso. No me guían en este asunto intereses bastardos.

HOM. ¡Ya!

REM. Sólo que, y esta es mi desesperación, Matilde está enamorada de Manuel, ¡muy enamorada! ¿Cómo me opongo yo á lo que ella considera su dicha?

HOM. Eso de ningún modo. (Breve pausa. A Ambrosio.) Y dígame usted, don Ambrosio, ¿cómo anda el pleito de las madres? ¿Tenemos esperanzas?

AMB. Seguridades, no esperanzas, amigo mío; muchos pasos ha habido que dar, pero al fin...

HOM. La razón y la justicia están de su parte.

REM. ¡Quién lo duda!

AMB. ¿Y qué, me trae usted la nota? Conviene llevarla esta tarde.

HOM. No la he hecho.

AMB. Hágala usted aquí. En aquel escritorio (El situado entre las dos puertas.) hay papel y tintero.

REM. (A Ambrosio.) Nosotros iremos á dar una vuelta por el jardín, con objeto de no distraerle á usted. (Aparte á Ambrosio.) Necesito hablarte.

HOM. Si no me distraen.

REM. Nada, nada. Ahí le dejamos á usted solito. Le esperamos en el jardín. (Sale por el foro con don Ambrosio.)

(Cuando don Homobono llega al escritorio, entra Aurora por la primera puerta derecha.)

ESCENA III

DON HOMOBONO y AURORA

HOM. (Reparando en Aurora.) Felices, Aurora.

AUR. (Con tristeza.) Felices serán para usted, don Homobono.

HOM. (Como fijándose en la tristeza de Aurora.) ¿Qué te pasa, mujer? Estás pálida, tienes encendidos los ojos, así como si hubieses llorado mucho.

AUR. (Con angustia.) Mucho he llorado, sí, señor.

HOM. (Como sorprendido.) ¿Por qué?

AUR. ¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¡Usted que me ha hecho entrar en esta casa! ¿Porqué me trajo á ella?

HOM. No te entiendo.

AUR. ¡Que no me entiende!... He sufrido tanto en esta vida, he derramado tantas lágrimas y me he impuesto tantas penitencias por culpas que otros me obligaron á cometer, que me creía que todo lo malo había acabado, que no iba á sufrir dolores nuevos...

HOM. Pero...

AUR. ¡Eso creia yo! ¡Como si el que nace para sufrir tuviera descanso! ¡Como si cuando las penas le agarran á una por el cuello dejasen de apretar! ¡Como si el dolor cuando dice «allá voy», se cansase de dar puñaladas! ¡Obró usted malamente con traerme aquí! ¡Muy malamente! (Con angustia y dolor.)

HOM. ¿Yo? (Como si no comprendiese.) No te comprendo, mujer, explícate.

AUR. ¿No está Manuel en esta casa? ¿Qué más explicaciones quiere usted?

HOM. (Como si aun no entendiese.) Manuel...

AUR. (Con desesperación y energía.) Sí, Manuel; mi Manuel; el que fué mi Manuel, y mi alegría, y mi cariño y mi todo. ¡Ese! (Con pasión.)

HOM. Aurora...

AUR. (Interrumpiéndole.) ¡Ese! Pero ¿á qué decirle á usted nada y contarle nada, si usted lo sabe tan bien como yo?

HOM. Cree que ignoraba...

AUR. ¡Qué iba á ignorar, si usted y las señoras que me protegen, primero de hacer cosa por mí, me rebañaron el corazón y la memoria para sacarme el pasado entero!... Mucho les debo á ustedes, muchos bienes me han hecho, pero, trayéndome á esta casa me han producido un mal mayor que todos esos bienes juntos.

HOM. De modo que Manuel... el sobrino de doña Remedios, el novio de Matilde es... ¡Calla!.. ¡Tienes razon! (Con hipócrita sencillez.) Perdona,

hija, perdona. Me había olvidado de ese incidente. Ahora caigo en que le nombraste y... No extrañes mi olvido; doy tan poca importancia á las miserias de los hombres.. Lo siento, de veras que lo siento... Y qué, ¿le viste?... ¿Has hablado con él?

AUR. Sí.

HOM. Y él...

AUR. El es tan bueno, no; más bueno que nunca.

HOM. Mostraría disgusto al verte.

AUR. (Sorprendida.) ¡Disgusto! (Con sencilla y noble expresión.) Al contrario, alegría. Con su bondad de siempre me tendió la mano, ofreciéndome, lo que puede ofrecerme, lo que yo no me hubiera atrevido á pedirle, su protección y su amistad.

HOM. ¿Y tú?... Supongo que no habrá cruzado por tu imaginación el propósito de renovar antiguas quimeras.

AUR. (Con dignidad.) ¿Por quién me toma usted? ¿Qué piensa usted del querer mío? No; yo sé que Manuel no puede ser ya para mí! Si lo supe, si renuncié á mi felicidad cuando estaba á su lado, cuando aun tenía el calor de sus caricias en mi sangre, ¿cómo no iba á hacerlo ahora cuando le juzgaba perdido para siempre?

HOM. Entonces, habiéndote conducido así, debes estar tranquila.

AUR. (Con amargura.) ¡Tranquila!

HOM. Como debes continuar sacrificándote y borrar de tu alma la imagen de Manuel.

AUR. (Con energía.) Sacrificarme, sí. ¿Borrar su imagen, arrojar de mis entrañas su querer? Eso, no señor; ¡nunca!

HOM. ¿Nunca?

AUR. Nunca; ya está dicho. Ni lo haré, ni hay quien me lo pueda exigir.

HOM. Dios lo exige.

AUR. ¿Dios? (Con energía.) No es verdad. ¡Que va á pedir Dios eso! Dios ha formado mi corazón. Ha permitido que Manuel sea mi dueño, no sé si después ó á la misma parte que Dios. Pues si Dios ha hecho eso, si ha permitido eso, podrá exigir que me sacrifique; ya lo

hago. ¡Pedirme que le olvide, que le eche de mi alma! Dios sabe que eso no es posible. ¿Cómo lo va á pedir?

HOM. No olvidándole sufrirás más.

AUR. ¿Y qué me importa?

HOM. Pero...

AUR. ¿Usted cree que mi padecer de ahora es por mí? No. Entonces me conformaría como antes.

HOM. ¿Y hoy? (Mostrando en su rostro la satisfacción que le produce la actitud en que va Aurora á colocarse.)

AUR. Antes sufría por mí sola. Hoy sufro por lo que van á hacerle sufrir.

HOM. ¿A Manuel?

AUR. (Con apasionada desesperación.) ¡Quieren engañarle, deshonrarle!

HOM. (Como sorprendido.) ¿Qué dices?

AUR. La verdad. Esa Matilde, *esa señorita,* ¡esa infame!... Sí, señor, no me mire usted, ¡esa infame! no quiere á mi Manuel, quiere á otro; á otro de quien ha sido ya, de quien sigue siendo, de quien seguirá siendo después de casada. De Manuel no apetece más que la herencia; y con tal de lograrla no le importa perder á un hombre en este mundo y perder la gloria en el otro.

HOM. Pero ¿qué hablas, muchacha? Eso no es posible.

AUR. ¡Que no es posible! Lo he oído yo. Se lo he oído á ella y á Enrique.

HOM. ¡Matilde! ¡Enrique!... Sí... Algo me habían dicho, pero no le he prestado crédito.

AUR. Créalo usted. ¡Se lo juro por estas cruces!

HOM. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué horror!

AUR. ¡Y el hombre por quien daría yo la gloria, va á ser desdichado sabiéndolo yo!... ¡Y yo lo voy á consentir!... Consintiéndolo sería tan mala como los otros. No, Manuel; no lograrán lo que se proponen, no lo lograrán. ¡Te digo que no lo lograrán!

HOM. ¿Qué intentas?

AUR. ¡Evitar esa infamia! Hablar con Matilde, con Manuel si es preciso. ¿Debo hacer otra cosa? ¿No es esto lo justo? ¿No es lo honrado?

HOM. Tú...

AUR. Yo, sí. Aconséjeme usted. Usted se trata con personas más sabias y más santas que yo. Usted vive más cerca de Dios que esta pobre mujer. ¿Verdad que debo oponerme á que Manuel sea desgraciado? Vamos; usted que es religioso, usted que sabe tanto de cosas de conciencia, contéstéme. ¿Cuál es mi obligación?

HOM. Yo...

AUR. Usted, sí. Pero ¡qué digo! ¡contestarme! ¡ayudarme!

HOM. ¡Ayudarte! .. Tanto como ayudarte... Claro que siendo como lo pintas tú... Pero la culpa, si existiera, tú eres quien la sabe, tú quien lo has visto; yo no sé nada, no he visto nada, no puedo mezclarme, por consiguiente, en nada. Eso es cosa tuya. Este género de cuestiones no admiten consejo; se resuelven por iniciativa particular. Haz lo que juzgues más conveniente; y para tí el pecado, si es que hay pecado, y la gloria si hay gloria.

AUR. Corriente. Para mí. ¡Si no me acobardo!... ¿Cómo he de acobardarme?... ¡Se trata de él!...

HOM. Sobre todo nada de escándalo. Ni para evitar un mal debe recurrirse al escándalo.

AUR. ¡Ni para evitar un mal! ¿Qué mayor escándalo que el mal mismo?

HOM. Silencio. Ahí viene Matilde. (Se dirige al escritorio. Entra Matilde por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV

DICHOS y MATILDE

MAT. ¡Don Homobono! (Manifestando gran cariño.)

HOM. (Lo mismo.) ¡Hola, Matildita! (Cogiendo afectuosamente entre las suyas la mano de Matilde.)

MAT. (A Homobono.) ¿Cómo tan solo?

HOM. Terminando una nota que debo entregar á

tu tío. (Escribe.) Ea... ya está. Hasta después. Volveré á despedirme.

MAT. ¡Siempre tan amable!

(Sale por el fondo don Homobono. Matilde se dirige hacia la izquierda, Aurora se interpone.)

ESCENA V

AURORA y MATILDE

AUR. ¿Dónde va usted, señorita Matilde? (Con sarcasmo.)

MAT. (Sorprendida.) ¿Yo? (Con altanería.) ¿Qué te importa y quién te autoriza á preguntarme?

AUR. Cuando lo pregunto me importará. (Con firmeza.)

MAT. (Sorprendida por el tono de Aurora.) ¡Eh!

AUR. ¿Quién me autoriza á preguntarle? Un poco de paciencia. Ya lo sabrá usted.

MAT. (Con enojo.) ¿Qué tono es ese? (Con desprecio.) Esta muchacha se ha vuelto loca. (Andando hacia la izquierda. Con imperio.) ¡Déjame pasar!

AUR. (Con enérgica calma.) Aguárdese usted, señorita. Le interesa á usted nuestra conversación tanto no, más que á mí.

MAT. Pero...

AUR. Tenga usted un poco de calma; nos conviene. Aunque sea usted... todo lo que es, y yo lo que soy, es necesario que la que vale más de nosotras se resigne á tener una conversación con la que vale menos.

MAT. (Cada vez más sorprendida.) ¿Qué dices?

AUR. ¿Iba usted á las habitaciones de Manuel?

MAT. ¿De Manuel? (Con irritación y sorpresa.) ¡Así, Manuel á secas!...

AUR. (Sin hacerle caso.) Iba usted á las habitaciones de su prometido, del hombre que está enamorado de usted.

MAT. ¡Aurora! (Con enojo.)

AUR. Sí, á verle iba: á meterle por los ojos toda su hermosura, porque usted es guapa, eso sí; á decirle cosas del querer; á seguir engatusándole para la boda. Pues pare el paso, no

entre; no pierda el tiempo; no piense en la boda con Manuel, porque la boda no se hará.

MAT. ¿No? (Con sorpresa irónica.)

AUR. No.

MAT. ¿Y por qué motivo? Me has puesto en curiosidad de saberlo. (Con sarcasmo.)

AUR. (Con ironía.) ¡Por qué motivo! (Con energía y decisión.) Porque no quiero yo; porque usted va á renunciar á ella; porque yo, consintiéndoal, sería criminal, y usted no renunciándola sería infame.

MAT. (Con sorpresa é ira.) ¡Infame! ¿Pero has dicho infame? (Con indignación.)

AUR. Sí, infame; más infame de lo que es usted ya.

MAT. (Con rabia.) ¡Cómo! ¡A mí! ¡Insultarme á mí tú! ¡A tu ama! (Se dirige hacia el timbre que habrá sobre el escritorio de la izquierda.)

AUR. (Interponiéndose.) ¿Dónde va usted?

MAT. A llamar; á que te cojan por un brazo y te echen á la calle, ¡insolente! (Amenazándola.)

AUR. (Con sarcasmo.) ¿Llamar? No se atreverá usted.

MAT. ¿Que no? (Deteniéndose.)

AUR. Ande usted, llame; que vengan todos, todos. Manuel el primero. Yo repetiré delante de todos que es usted una infame, y que engaña miserablemente á quien va á tomar por marido porque es usted la amante de Enrique.

(Procúrese que Matilde, que se ha detenido un momento, vuelva á hacer intención de llamar poco antes de decir Aurora «es usted la amante de Enrique». Al oir esta frase Matilde, quedará con la mano suspendida en el aire.)

MAT. (Con espanto.) ¡Eh!

AUR. (Con sarcasmo.) Ande usted, llame. No me opongo. Atrévase. (Gozando con el espanto de Matilde.) Ya ve usted cómo no se atreve.

MAT. (Con frase entrecortada.) Tú .. que tú dirás...

AUR. La verdad. Que usted es amante de Enrique.

MAT. (Con angustia.) ¡Falso!... ¡Eso es una calumnia!

AUR. ¡Calumnia! Lo he visto, lo he oído yo.

MAT. (Con asombro.) ¡Tú!

AUR. (Señalando la primer puerta de la izquierda.) Allí, en aquel cuarto; allí os convinistéis para engañarle.

MAT. ¡Tú viste!... (Con terror.)

AUR. ¡Todo! No dije antes que ¡¡todo!!

MAT. ¿Y tú?... (Con ansiedad.)

AUR. Yo impediré la traición de ustedes. Para eso estoy aquí.

MAT. (Desesperada.) ¡No! ¡Tú no harás eso! ¡callarás! (Como queriendo persuadir á Aurora.) ¡Soy rica, seré más rica todavía cuando me case con Manuel!...

AUR. ¿Quiere usted comprarme? (Con ironía.) Yo no soy de las que se venden. (Con altivez.) No. Ni vendo el querer como usted, ni la conciencia como su amante.

MAT. ¡Qué desesperación! (Con angustia, con ira á Aurora.) Pero, ¿á tí qué te importa? ¿Qué interés tienes por ese hombre?

AUR. El mayor de todos. Quererle y quererle con toda mi alma.

MAT. (Sorprendida.) ¡Tú!... ¿Tú amas á Manuel?

AUR. (Con arrogancia.) Yo, sí, yo.

MAT. ¿Hablas de veras? ¿Una mujer de tu condición se ha atrevido á poner los ojos en él?...

AUR. ¿Qué te extraña? ¿No los has puesto tú?

MAT. (Con ira.) ¿Me tuteas?

AUR. ¿No me tuteas á mí tú?

MAT. (Con rabia.) ¡Esto es demasiado!

AUR. (Con sarcasmo.) ¡Demasiado!... Muy poco para lo que has de oir.

MAT. ¡Aurora!

AUR. Sí, le quiero; le quise; puse en él estos ojos; solo que yo le quiero sin esperar que él pueda quererme; y tú finges quererle, con la esperanza de ser rica; yo puse los ojos en él para adorarle, tú para deshonrarle; yo para hacerle con mi cariño un paraíso, tú para hacerle con tus maldades un infierno. ¡Calcula si hay diferencia entre nosotras!

MAT. ¡Basta!

AUR. No. Es preciso que renuncies á esa boda.

MAT. ¿Porque lo pides tú?

AUR. Porque Manuel no puede ser tuyo. Si no puede ser mío porque perdí la honra del cuerpo, ¿cómo va á ser tuyo, que perdiste la honra del cuerpo y la del alma?

MAT. ¿Renunciar á Manuel? ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

AUR. Mira que si te empeñas, si no me haces caso, Manuel lo sabrá todo. (Con tono de amenaza.)

MAT. ¿Y piensas que Manuel va á escucharte? ¿Que sin más ni más dará crédito á los cuentos de su antigua querida?

AUR. (Sorprendida.) ¿Eh?

MAT. No; Manuel se negará á creerte. Pedirá pruebas.

AUR. ¿Pruebas?...

MAT. Tú no podrás dárselas, porque no las tienes. Y Manuel no fiará en tí, fiará en mí, porque me ama y á tí te desprecia. ¿Comprendes? (Con rencor y audacia.)

AUR. (Confundida.) ¡Oh!

MAT. ¿Comprendes?... Pues si comprendes, ten cuidado, desiste de una lucha en la que llevas la peor parte.

AUR. ¡Desistir!... ¡Aceptar en silencio la desventura de Manuel!... (Con pasión y energía.) ¡¡Nunca!! Veremos quién vence de las dos.

MAT. ¡Lo veremos, Aurora!

AUR. ¡Lo veremos, Matilde! (Aurora y Matilde se contemplan un instante en actitud de reto; luego sale Aurora por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VI

MATILDE. Al final DON HOMOBONO, AMBROSIO y REMEDIOS

MAT. ¡Lo veremos! (Con tono de duda.) ¡Ay! La actitud de esa mujer me da miedo. Puede causarnos mucho daño. (Con inquietud ansiosa.) Hay que resolver algo, inventar algo... (Con desesperación.) ¿Quién puede ayudarme?... (Con alegría.) ¡Enrique; sí... Enrique!... Es preciso

avisarle. (Se sienta frente al escritorio y escribe precipitadamente. Después mete la carta en un sobre que deja en blanco. ¡Ya está! (Se dirige hacia la primera puerta derecha.) Ahora... (En este momento aparecen don Homobono, don Ambrosio y Remedios, en el fondo. Don Homobono un poco antes para ver la acción de Matilde cuando oculta la carta)

AMB. (Dentro.) ¡Excelente día de primavera!

MAT. (Al oirles y ver á don Homobono.—Aparte.) ¡Qué contrariedad! (Oculta precipitadamente la carta en el bolsillo del vestido.)

HOM. (Reparando en la acción de Matilde.—Aparte.) Cartita tenemos, Aurora ha roto las hostilidades. (Restregándose las manos con satisfacción.)

ESCENA VII

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO y DON AMBROSIO. Al final MANUEL y el DOCTOR RAMÍREZ

MAT. (Dirigiéndose al grupo formado por los tres personajes, que quedará en el fondo. Con aparente jovialidad.) Pronto se dió la vuelta.

HOM. (Con amabilidad extremada.) ¡Qué remedio, hija mía! Los aires de Abril son muy fríos para los viejos. (A Remedios.) Hablo de mí y de don Ambrosio.

AMB. Además, tenemos que salir.

REM. Y nosotras arreglarnos para el paseo. Ya mandé enganchar. (Entran por la primera puerta de la izquierda el doctor Ramírez y Manuel sin reparar en el grupo formado por Matilde, doña Remedios y don Ambrosio, que queda en el fondo. Manuel vestirá una blusa blanca de dril, las mangas de la blusa estarán dobladas por encima de la muñeca, Manuel tendrá también las manos llenas de carbón y mostrará en toda su persona el desaliño propio á un hombre entregado al trabajo.)

MAN. (A Ramírez.) ¿Qué le parece mi laboratorio?

DOC. ¡Admirable!

MAT. (A Remedios.) Es Manuel.

REM. ¡Qué facha!

AMB. No le falta más que una tea para resultar por fuera, lo que por dentro: un descamisado. (Manuel se vuelve y ve á Matilde, Remedios, don Ambrosio y don Homobono.)

MAN. ¡Pues si está aquí toda la familia! (Acercándose hacia ellos, al mismo tiempo que los otros se dirigen donde está Manuel.)

ESCENA VIII

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, DON HOMOBONO, DON AMBROSIO y DOCTOR RAMÍREZ

MAT. Ya era hora de que nos viesemos desde el almuerzo.

MAN. ¡El pícaro trabajo! Mira si te querré que llamo pícaro, porque me separa de tí, á mi amigo mejor. (Reparando en el traje de Matilde. Mirándola con amor.) ¡Qué elegantona! Hechicera estás. Un poco pálida, pero hechicera. ¡Ven aquí! (Cogiendo cariñosamente á Matilde por las mangas de su vestido.)

MAT. (Con impaciencia.) ¡Quita! (Rechazándole.) ¿No ves que tienes sucias las manos y vas á mancharme el vestido?

MAN. ¿Qué importa si manchándotelo me proporciono y te proporciono, creo que te lo proporciono, un momento de felicidad? Vestidos hay muchos; los momentos de felicidad, por muchos que sean, parecen pocos. Un vestido sucio se renueva, un momento de felicidad que se pierde, perdido queda para siempre. (Con melancólica ternura.)

MAT. (Procurando dominar su inquietud.) Manuel...

REM. (Riendo.) Qué poético estás.

MAN. (Jovialmente.) Pues, ¿qué se figura usted, que por dedicarme á la ciencia no dejo espacio libre en mi pensamiento á la poesía?... ¡Error! La poesía y la ciencia son hermanas, mi querida suegra en proyecto.

HOM. Contento y satisfecho estás.

MAN. ¡Contentísimo!... Ramírez, dígales usted si tengo motivos para estarlo.

DOC. Como chico en feria anda por su laboratorio. ¿No han entrado ustedes en él?

MAT. Yo sí.

AMB. Nosotros todavía no.

MAN. ¡Un antro, don Homobono; un antro de aquellos que describen los cronistas de la edad media! Hornillos, retortas, alambiques, bicharracos metidos en alcohol... Faltan los signos cabalísticos y sobra la instalación de luz eléctrica para que parezca el asilo de un brujo.

DOC. Como á tí te faltan cuatro adarmes de neurosis para estar loco rematado y un gorro puntiagudo para resultar un alquimista.

AMB. Cualquier cosa parecerá éste.

HOM. Un alquimista. Es decir, uno de aquellos heréticos buscadores de la piedra filosofal á quienes la iglesia tostaba á fuego lento sin curarse de conjuros y adivinaciones.

MAN. (En son de broma.) Vaya ¡que si viviéramos en aquellos tiempos no me escapaba yo tampoco! ¿Verdad, mi querido don Homobono?

HOM. Tú...

MAN. Y que no saldría de esta habitación sin ser condenado. ¡Digo! A la derecha mi tío Ambrosio, el brazo civil; á la izquierda don Homobono, el brazo eclesiástico. ¡Estupendos chicharrones harían ustedes con mi cuerpo! Afortunadamente aquello acabó.

HOM. ¡Desgraciadamente!

MAT. ¡No empecemos!

MAN. Descuida. Hoy no tengo gana de discusiones. Repito que estoy muy contento. Tú queriéndome mucho y mi laboratorio marchando; porque marcha ya. Hasta trabajé en él un poco. Gusto de ver funcionar los aparatos exclusivamente. Así estoy de tizne.

AMB. ¿Conque se ha trabajado?

MAN. (A Ramírez.) ¡Y cómo resistía el condenado animalejo! (A Matilde.) Un microbio, una fierecilla microscópica que, juntamente con millones y millones de compañeros suyos, cultiva la nobilísima tarea de asesinar al género humano.

DOC. ¡Sí que resistía el tunante!

HOM. (Con ironía.) Los malos gérmenes resisten mucho.

MAN. (En el mismo tono.) Mucho, don Homobono, tiene usted razón. Los malos gérmenes son muy difíciles de combatir.

HOM. No hay forma de acabar con ellos.

MAN. Sí la hay. Cuesta, costará un trabajo enorme conseguirlo, pero al fin y á la postre, podremos con ellos.

HOM. Ilusiones de la juventud.

MAN. Realidades de la experiencia. Aquel microbio, aquel homicida imperceptible, era muy rebelde para morir. Salamandra diminuta, muy diminuta, vivía en medio de una atmósfera abrasada como en el mejor de los mundos posibles; echaba yo combustible al hornillo, aumentaba poderosamente los grados de calor, y mi adversario, terco que terco, sin darse por vencido, burlándose de mí con los retorcimientos de su cuerpecillo negruzco, desafiándome con sus sacudidas nerviosas, insultándome con su terrible vitalidad; sólo que yo era más terco que él todavía; y aumentaba el calor un grado y otro, y otro... y por fin, el microbio se contrajo desesperadamente, estirose después y quedó tiesecillo, inmóvil: había muerto; yo pude más que él. ¿Sabe usted por qué, don Homobono? Porque, en aquel instante, yo representaba la salud, es decir, el bien, y él representaba la peste, es decir, el mal. En estas luchas el triunfo definitivo corresponde al bien. (Durante estas frases de Manuel todos se miran haciendo unos gestos de disgusto, y otros de no entender. Matilde manifestará una gran impaciencia y el doctor Ramírez sonreirá escépticamente, contemplando á unos y á otros.)

DOC. ¡Bravo chico! Con esas facultades oratorias bien aprovechadas, te veo ministro antes de cuatro meses.

MAN. ¡También usted se burla! Bueno que lo hagan otros; (A Matilde.) otros, sabes, no hablo de tí. ¡Pero usted, un hombre de ciencia!...

DOC. La práctica de la vida me ha enseñado otra ciencia más ventajosa.

MAN. ¿Cuál?

DOC. Saber vivir: la más importante de todas. ¿No es cierto, amigos míos?

HOM. Al menos es muy necesaria. De todas suertes (A Manuel.) te felicito. Vales mucho, eres un enemigo terrible para tus adversarios.

MAN. Y tengo confianza en el éxito. Juro á usted que si por algo aprecio y deseo la fortuna que nos ha dejado el general, es porque con ella, puesta al servicio de mis aspiraciones, facilitaré obstáculos.

HOM. (Aparte.) Por eso no te la daremos.

AMB. (Mirando el reloj. A don Homobono.) ¿Qué? ¿vamos á ultimar el asunto?

HOM. A sus órdenes.

DOC. Yo salgo con ustedes. A más ver, Manolito. (Despidiéndose, don Homobono, don Ambrosio y Ramírez salen por el fondo.)

REM. Y nosotras á colocarnos los sombreros y á dar un paseíto por ahí, antes que se haga tarde. (Remedios se dirige á la primera puerta de la derecha y sale por ella. Matilde va á seguirla.) (Matilde llega á la primera puerta derecha y Manuel la detiene cariñosamente por el brazo.)

MAN. (Deteniendo á Matilde.) No, Matilde; ¡tú no te vayas! Espera un poco. (Con tono amante.) (Durante la escena que sigue, Matilde demostrará la impaciencia y nerviosidad propias á la situación de temor y de intranquilidad en que se halla.)

ESCENA IX

MATILDE y MANUEL

MAN. (Conduciendo á Matilde á una de las butacas, haciéndola sentar y sentándose él á su lado.) Así quiero tenerte; á mi lado. Sola conmigo. Lejos de esos que se burlan de mí. (Coge entre sus manos una de Matilde. Esta la retira.) ¿Por qué hu-

yes?... Ven. (La coge de la mano.) ¿Te disgusta que estemos juntos? ¿Que hablemos con plena libertad?

MAT. ¡Qué idea! Soy muy dichosa cuando me hallo cerca de tí. Solo... que mamá aguarda. Como la tengo que acompañar...

MAN. (Con mal humor.) ¡El paseo!

MAT. Sabes que mamá no lo pierde. Además, si no estamos reunidos, tú tienes la culpa.

MAN. (Sorprendido.) ¿Yo, Matilde?

MAT. Claro. ¡Si te hubieras arreglado y hubieras venido con nosotras!...

MAN. (Contrariado.) Tienes razón.

MAT. Por si ello no bastase para disgustarme, esta noche vas á esa conferencia. (Levantándose.)

MAN. No me dejes aún; espérate. (Haciéndola sentar de nuevo.) Mi ausencia de esta noche es inevitable. Por lo que respecta al paseo, estás en lo firme. ¡Dispensa!... Tenía un deseo tan grande de ver terminada la instalación del laboratorio...

MAT. Que me has dejado á mí.

MAN. ¡Dejarte! Jamás has estado más dentro de mi alma que allí. Es mi cuarto de estudio, el sitio donde trabajaré al lado tuyo, ¡vida mía! el arranque de nuestra existencia futura. Será una simpleza, pero al ver terminada la instalación del laboratorio, no he tenido más que un deseo: entrar contigo en él. ¿Sabes para qué? Para ofrecértelo, para que lo visitáramos el uno del brazo del otro; para que nos prometiésemos amor honrado y completa felicidad entre aquellas cuatro paredes, que son el altar de mi entendimiento, como tú eres el altar de mi corazón. Figúrate que con tal propósito había pensado que suprimieras esta tarde el paseo.

MAT. ¡Qué niño eres, Manuel! ¿Piensas que mamá lo consentiría? Aún no estamos casados para que nos dejen en casa solos. Además; cualquier hora, cualquier instante, son buenos para prometerse cariño. (Tratando de levantarse.)

MAN. (Deteniéndola.) No es eso. ¡No es eso! Yo hubiera deseado que estuviéramos allí juntos, solos, para explicarte delante de aquellos aparatos, de aquellos libros, mis proyectos, mis ambiciones... Hubiese querido enseñarte algo que no conoces bien; el hombre que hay dentro de mí, el luchador intelectual, el que aspira á lograr triunfos y más triunfos para arrojarlos á tus pies y decirte: «Otros hombres te ofrecerían galas, adornos, esplendores mundanos, miserias cubiertas de oropel, satisfacciones y dichas de talco; yo no; yo aquí, en este humildísimo recinto que fortalecerá el trabajo y que embellecerá el amor, te ofrezco algo más grande, más perenne, más duradero; un afecto sin trabas, una inteligencia sin cobardías y una ambición noble, que no quiere detenerse hasta ganar un nombre de que puedas mostrarte orgullosa. Llega dentro de mí, compenétrate con las ideas como te has compenetrado con los sentimientos, y marchemos unidos á la conquista de la ventura y de la fama.» Eso te hubiera dicho yo. (Reparando en Matilde, que durante todo el parlamento de Manuel se ha mostrado impaciente y distraída.) Pero, ¿qué te pasa? (Con sorpresa. Con amargura.) ¿No me oyes?

MAT. (Procurando contenerse.) Sí, Manuel... Te oigo... Te he oído con verdadero gusto.

MAN. (Sorprendido y triste.) ¿Así me contestas? ¿Es que no me entiendes, Matilde? (Con amargo recelo.)

MAT. Manuel... perdóname. No me hagas caso. No sé lo que me digo... Estoy todo el día tan contrariada, tan nerviosa...

MAN. (Con interés.) Cierto. Tus manos arden.

MAT. No, no es nada, nervios; nada más que nervios. El aire del paseo me pondrá bien. (Entra Petra por la primera puerta de la derecha con un sombrero y unos guantes en la mano.)

ESCENA X

DICHOS y PETRA

PETRA — Señorita: la señora que aquí tiene usted el sombrero y los guantes.

MAT. — ¿Ves? (A Manuel.) Ya nos mete prisa mamá.

PETRA — En seguida sale.

MAT. — (Llegando frente á la chimenea, encima de la cual habrá un espejo.) Pon aquí esas cosas. (A Petra, bajo.) No te vayas. (Comienza á ponerse el sombrero delante del espejo.)

MAN. — (A Matilde.) Si te encuentras mal, no debes salir.

MAT. — No te preocupes. De veras, no es cosa de cuidado. (Termina de ponerse el sombrero. Entra doña Remedios por la primera puerta derecha con sombrero puesto.)

ESCENA XI

MATILDE, PETRA, DOÑA REMEDIOS, MANUEL y luego MARIANO

REM. — (A Matilde.) ¿Estás lista?

MAT. — A tu disposición.

REM. — (A Manuel.) ¿Tú no vienes?

MAN. — No, señora. Tendría que vestirme y se les haría á ustedes tarde. (Entra Mariano por el fondo.)

MAR. — El coche. (Se retira por donde entró.)

REM. — Vamos.

PETRA — (Aparte.) ¿Qué me querrá esta niña? (Viendo que Matilde se separa de la chimenea haciéndole señas de que espere allí.)

ESCENA XII

MATILDE, REMEDIOS, PETRA, MANUEL

MAT. (A Manuel.) Hasta luego. (Sin coger los guantes, que estarán sobre la chimenea.)

MAN. Adiós.

REM. Adiós, sobrino.

MAN. Tome usted el brazo. Las acompañaré hasta el carruaje.

REM. Muchas gracias. Vé tú delante, hija. (Matilde pasa delante de Manuel y Remedios, y se dirige con ellos al fondo. Cuando todos llegan á éste, Matilde hace como si recordara alguna cosa.).

MAT. ¡Ay, qué cabeza!... ¡Pues no se me olvidaban los guantes! Sigan ustedes; en seguida voy. (Salen por el fondo Remedios y Manuel.)

ESCENA XIII

MATILDE y PETRA

Matilde observa un instante hacia el fondo para cerciorarse de que Manuel y Remedios no la ven y sigue su camino. Luego se dirige donde está Petra, y al llegar junto á ella saca precipitadamente la carta que ocultó en el bolsillo

MAT. (A Petra enseñándole la carta.) Sin que nadie se entere. ¡Entiendes! Esta carta al señorito Enrique. ¡Al Casino, á escape!

PETRA Descuide usté.

MAT. No olvides que es urgente. (Coge los guantes, que están sobre la chimenea, y sale por el fondo.)

PETRA Y ahora á decirle cuatro palabritas dulces al otro. ¡Viva el desahogo y ande el lío!... (Entra Aurora por la segunda derecha.)

ESCENA XIV

AURORA y PETRA

Petra que se dirige precipitadamente hacia la segunda puerta derecha tropieza con Aurora

AUR. (A Petra.) ¿Dónde vas tan deprisa?

PETRA (Enseñándole la carta.) A quitarle trabajo al cartero del interior.

AUR. (Con indiferencia.) Una carta.

PETRA De la señorita Matilde pa su novio.

AUR. ¿Para Manuel?

PETRA No seas estúpida. Manuel es el novio oficial; la carta va pa el otro, pa el novio efetivo, mujer.

AUR. (Con ansiedad.) ¿Para Enrique? ¡Trae! Necesito ver esa carta.

PETRA Esta carta...

AUR. Sí; ¡tráela! ¿No comprendes que leyendo, sabiendo lo que dice esa carta puedo salvar á Manuel, probarle que le engañan? ¿No sabes que Manuel, ese Manuel á quien Enrique y Matilde quieren deshonrar es mi Manuel?

PETRA ¿El tuyo?

AUR. El mío. ¡El que no será de ella! Porque tú, mi amiga de siempre, mi hermana casi, no vas á permitir que le hagan daño y que yo muera de desesperación. ¡Trae esa carta! ¡Tráela, Petra! ¿Quieres que te la pida con los brazos en crúz? (Suplicante.)

PETRA No hace falta tanto, mujer. Tratándose de tí, y de hácer un bien á tu hombre, ¿voy á dudar yo? Además, ¿qué miramientos merece una moza como Matilde? ¡Poco antipáticas me son la hija y la madre! ¿Qué pué ocurrir? ¿Que se enteren y me pongan en la del rey? Regaño más y garbanzo menos, lo mismo tendré en otra casa. Toma. (Entrega la carta á Aurora.)

AUR. (Cogiendo la carta con ansiedad y mirando el sobre.) El sobre no tiene dirección; está en blanco.

PETRA ¡Pensarás que la niña es tonta! El sobre en blanco y la letra de drento desfigurá, y sin firma ninguna. He llevao muchas de esa casta. Así, aunque la carta se pierda ó la cojan, no se sabe pa quién, ni de quién es. Estas señoritas gastan más conchas que los galápagos.

AUR. (Abriendo la carta y leyendo alto mientras Petra la escucha.) «Esta noche, á las diez, donde siempre; en el jardín, junto al kiosco. El sale. Mientras los otros están dentro de casa, iré allí. Dejaré abierta la puerta excusada. No tienes más que empujar, como siempre. Urge que nos veamos.» Tienes razón; no lleva firma.

PETRA ¿Qué le ocurre á Matilde pa tantas precipitaciones?

AUR. Ya lo sabrás luego. Ahora es ocasión de otra cosa. Ahora... (Se dirige al escritorio, coge un sobre, mete en él la carta de Matilde y cierra el sobre.) Esto es; otro sobre. (Dando la carta á Petra.) Ten la carta y llévala en seguida.

PETRA Corriente. (Sale Petra por la segunda puerta derecha.)

AUR. (Con actitud de triunfo.) ¿No pedías pruebas, Matilde? Ya las tengo. ¡Ah, él!

(Entra Manuel por el fondo en actitud meditabunda y triste y llega hasta el primer término sin reparar en Aurora, que habrá quedado junto á la segunda puerta derecha.)

ESCENA XV

AURORA y MANUEL

MAN. (Aparte.) ¡Matilde! (Con amargura.) ¡Tampoco Matilde! (Con desesperación.) Y si ella no me comprende, ¿qué va á ser de nuestro porvenir? ¿Qué va á ser de mi dicha? ¡Porque mi dicha es ella! (Con pasión. Se deja caer en una de las butacas y oculta el rostro entre las manos, mientras Aurora le contempla con tristeza y amor.)

AUR. (Acercándose á Manuel.) Señorito Manuel...

MAN. (Levanta la cabeza y ve á Aurora.) Aurora. Acércate. ¿Por qué me llamas señorito Manuel?

AUR. Yo...

MAN. No; tú no debes llamarme así. Llámame Manuel como siempre, como antes.

AUR. ¡Como antes!

MAN. Lo mismo. Puede haber concluído entre nosotros, por obra del tiempo y de las circunstancias, de hechos que ni tú ni yo conseguiríamos volver atrás, el lazo carnal que nos unía; pero restan la confianza y el afecto. Si no somos dos amantes, somos dos amigos, dos hermanos. Los hermanos ni se llaman señorito, ni se hablan de usted. Hablémonos de tú.

AUR. ¡Manuel!...

MAN. ¡Pobre Aurora! ¡Pobre de mí acaso!...

AUR. ¿De tí? ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

MAN. Lo más horrible que le puede ocurrir á un hombre lleno de fe, de esperanzas y de ilusiones; ver rota su fe, heridas sus ilusiones y sus esperanzas á punto de desvanecerse... ¡No ser comprendido! ¡No ser comprendido ni por aquellos que uno lleva dentro del corazón!... ¡Qé tortura más grande!...

AUR. Manuel...

MAN. ¡Y ella!... ¡Tampoco ella!... No; ¡si no debe ser verdad! Si sólo al imaginar que ella no me comprende, me hace pedazos el cráneo.

AUR. ¡Ella!

MAN. ¡Perdona!... ¿Acaso te ofenden mis palabras?

AUR. ¡Ofenderme! ¿Por qué? Lo nuestro concluyó hace ya muchos años!...

MAN. ¡No ser comprendido!... ¡No ser comprendido! ¡Tantos días preparándome para la lucha, tantos años de constante y ruda labor! ¡Tantas horas de vigilia, de esfuerzos, para intentar el asalto del porvenir! Y cuando vengo aquí, seguro del triunfo, ¿qué encuentro? ¿Amor? Amor, sí, el amor corriente, el vulgar, el que se traduce en sonrisas, en suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes; ese; no el

amor verdadero, el grande, el que resulta, más que aproximación, compenetración, justaposición de dos seres; el que cree siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta. ¡Ahí tienes lo que buscaba yo, lo que temo no hallar!... y si no lo encuentro, ¡qué tristeza más espantosa para mi alma!... (Con desesperación y ocultando el rostro entre sus manos.)

AUR. (Con cariño.) ¡Vamos Manuel! Tú no debes acobardarte. Un hombre que vale lo que tú, sale adelante con lo que desea aunque esté sólo, aunque no le acompañe nadie.

MAN. ¡Sólo! No... ¡Repito que es imposible! Me obceco, soy injusto con ella.

AUR. ¡Ella!

MAN. ¡También lo dudas tú! ¡También crees que no me comprende!

AUR. ¡Si fuera eso solo!

MAN. ¡Qué dices!

AUR. La verdad. No puedo, no debo mentir. Tratándose de otro no lo haría; tratándose de tí, ¿cómo voy á hacerlo?... ¡No, no es posible que esos miserables escarnezcan á un hombre como tú!

MAN. ¡Eh!

AUR. Matilde no te comprende; pero esto es poco. Matilde no te quiere; es poco aún: ¡Matilde te engaña!

MAN. ¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Qué dijiste, Aurora?

AUR. Te engaña.

MAN. ¡Oh!

AUR. Te engaña, porque no apetece más que el dinero, te engaña porque tiene un amante. (Manuel al oir estas frases, se dirige á Aurora en actitud amenazadora.)

MAN. ¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... ¡La calumnias!...

AUR. ¡Yo!...

MAN. ¡Tú, sí, tú!... Lo que has dicho es falso. Una calumnia, lo repito.

AUR. ¡Manuel!

MAN. Sí, la calumnias. (Luego de una pausa.) Ya veo

clara tu intención. Aún piensas en mí; aún quieres ganarme para ti.

AUR. ¡Manuel! ¡Manuel!

MAN. Lo quieres. Y como Matilde te estorba, pretendes deshacerte de ella y recoges todo el cieno que amasaste en el arroyo cuando moza, para arrojarlo sobre ella y salpicarme á mí en el alma.

AUR. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Tú supones?... ¡Qué horror, virgen santa, qué horror! ¡Trato de salvarle y me insulta; procuro por su felicidá y me da en cara con mi vergonzoso pasao! ¡Yo no merezco eso, Manuel! ¡No, no lo merezco!

MAN. ¡Di que mientes, mujer! ¡Dilo pronto; dilo y te perdono! ¡Acaba de decirlo!

AUR. ¡No miento! Te engaña. Tiene un amante: ¡Enrique!

MAN. ¡Oh!

AUR. Sé que te hago daño, mucho daño. Arrancar un querer del pecho es muy doloroso. Pero la herida que te hago yo, puede curarse; curará. La que ellos van á causarte es de muerte.

MAN. ¡Enrique! ¡Matilde!... No; ¡si no te creo! ¡Si la adoro, cómo voy á creerte! ¿Quieres que te crea? Dame una prueba; una que no admita vacilaciones; que no permita dudas... ¿Tienes esa prueba?... No; no la tienes. ¿Verdad que no la tienes?

AUR. La tengo.

MAN. ¡Venga!

AUR. He hablado á Matilde para exigirle que no se casara contigo. Ella, temiendo lo que pueda intentar yo, ha escrito á Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están citados en el jardín. «Donde siempre, junto al kiosko.» Vé al jardín, óyelos, y luego de oirles, si te he mentido, mátame.

MAN. ¡Conque ellos!... ¡Iré!

AUR. He cumplido mi obligación. Ahora, adiós Manuel. ¡Adiós para siempre! (Dirigiéndose al fondo.)

MAN. ¡No! ¡No te irás!

AUR. ¡Manuel!

MAN. ¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho verdad, me has salvado me libras de una muerte, mil veces peor que la de mi cuerpo, la de mi alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AUR. ¡Ay! (Suspirando la palabra,)

MAN. Pues bien, si es para el premio, para el premio; si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa ó para otra tienes que esperar. ¡Espera, Aurora! ¡Espera! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa el jardín del hotel. Al fondo la fachada trastera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo á ella tres ó cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales, así como por los de las ventanas, se verán luces encendidas.

A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puertecilla practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación.

A la izquierda, en segundo término, un cenador cubierto de enredaderas. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etc., etc.

La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo á salir cuando se marque.

Al levantarse el telón aparecen en primer término, á la derecha, sentados en sillas rústicas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios y Ramírez.

En segundo término, á la izquierda, habrá una mesa más grande que las anteriores.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS, el DOCTOR RAMÍREZ y DON AMBROSIO

REM. No puede ser más agradable la temperatura.

DOC. Se conoce que Mayo está impaciente por llegar, y le mete á Abril, de contrabando, sus deliciosas noches.

MAT. Pues bendito sea el contrabandista, que nos permite tomar el café en el jardín.

DOC. Y la luna que nos deja ver tu hermosísima cara.

MAT ¡Qué galante!

DOC. Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de esa cara; digo solo, porque Ambrosio se fija poco en ellas, cuando son caras de la familia, por supuesto.

AMB. ¡Hombre!

DOC. Por lo que hace á Manuel, como se va de conferencia...

AMB. Y que no la pierde por nada.

REM. ¡Cuando no la pierde por su novia!...

DOC. ¡Tonto, más que tonto! Dejar una mujer tan bonita por un programa químico. Cualquier día, á su edad, ¡qué digo á su edad! á la que tengo hoy, dejo una muchacha guapa por una disertación científica. No hay mejor reactivo que unos ojos como éstos. (Señalando los de Matilde.)

MAT. Gracias á que Manuel está vistiéndose en su cuarto. Si no, duelo seguro. (En tono jovial.)

DOC. (Lo mismo.) ¡Ya lo creo que nos batiríamos! ¡A receta limpia!

AMB. Es el arma que los médicos manejáis mejor. (Con el mismo tono.)

DOC. (Riendo.) Como vosotros el garrote. Cuestión de costumbre.

AMB. Y á propósito de Manuel. Ha estado hecho un santo durante la comida.

REM. ¡Calla! Pues es verdad que ha estado muy serio.

MAT. Muy preocupado, nervioso... impaciente. ¿Qué le ocurrirá?

DOC. La conferencia, hija, la conferencia. Los sabios jóvenes toman estas cosas muy en serio.

REM. Don Homobono se retrasa. ¿Si no irá á venir?

AMB. ¡En seguida falta don Homobono á su partido de tresillo!

DOC. Antes faltará á misa.

REM. Cierto que hoy hemos comido más temprano.

MAT. Manuel tiene que salir á las nueve.

ESCENA II

DICHOS, DON HOMOBONO y MARIANO

HOM. Tomando la fresca, ¿eh?
REM. Sí, pero la tomaremos con alguna cosita más como de costumbre. ¡Mariano!
MAR. Señora. (Entrando.)
REM. Que le ayude á usted Petra á traer el café y los licores. (Vase Mariano por el fondo.)
HOM. ¡Buen programa! Usted me dará una tacita de café y yo le daré á usted codillo.
REM. ¡O lo otro!
HOM. ¡Quiá!
DOC. ¡Darle codillo á don Homobono! Resulta imposible. Es muy segurito.
HOM. Sí, señor; sí, señor. (Entran Petra y Mariano por el fondo con dos bandejas, servicio de café, botellas de licores, copas y vasos.)

ESCENA III

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, el DOCTOR RAMÍREZ, AMBROSIO, PETRA y MARIANO

MAT. Aquí está el café. (Petra pone en la mesa de la izquierda el servicio, ayudada por Mariano.)
AMB. Solo falta tomarlo.
MAT. Y que yo se los sirva á ustedes. (Matilde se dirige á la mesa de la izquierda, donde estará Petra. Mariano se ocupará en poner copas y vasos de agua en la mesita.)
DOC. Miel sobre hojuelas.
MAT. ¿La misma cantidad de azúcar? (A todos.)
HOM. ¡Por supuesto!
MAT. (Mientras sirve el café ayudada por Petra. A Petra.) ¿Le viste? (Bajo.)
PETRA (Lo mismo.) Sí, señora.
(Matilde se dirige á la derecha con dos tazas de café en la mano; una que pone delante de su madre y otra delante de don Homobono.)

HOM. Muchas gracias, hija.

(Matilde vuelve á la mesa de la izquierda.)

MAT. (Mientras sirve otras tazas, bajo á Petra.) ¿En persona?

PETRA (Bajo.) En persona.

(Matilde vuelve á la derecha con dos tazas de café que coloca frente á Ramírez y don Ambrosio.)

MAT. Estas para ustedes.

DOC. ¡Lástima que te lleves las manos!

MAT. (Volviendo á la mesa de la izquierda y bajo á Petra.) ¿Y te dijo?

PETRA Contéstale á tu señorita que se hará como manda.

HOM. (Apurando un sorbo de café.) ¡Excelente!

DOC. (Haciendo lo mismo.) ¡Magnífico!

(Mariano habrá ido sirviendo los licores durante este diálogo. Aparece Manuel en la puerta del foro. Vestirá levita y llevará un abrigo de entretiempo al brazo y un sombrero de copa en la mano.)

MAT. ¡Ahora el mío! (Al ver á Manuel.) Es decir, el tuyo y el mío. (Sirviendo otra taza y dirigiéndose á Manuel con las dos tazas en la mano.)

MAN. Gracias. Buenas noches, don Homobono.

(Manuel, después de saludar á don Homobono, se sienta frente á una mesita desocupada, donde pone las dos tazas Matilde, sentándose luego al lado de Manuel.)

REM. (A Petra y Mariano.) Pueden ustedes retirarse.

(Salen Petra y Mariano por el fondo.)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, DON HOMOBONO, RAMÍREZ y AMBROSIO

REM. (A Manuel.) ¿De modo que esta noche nos dejas?

MAN. ¡Qué remedio! (La actitud de Manuel durante la escena será de preocupación y ensimismamiento.)

DOC. Avendaño, el famoso químico, va á explicaros su descubrimiento.

MAN. Sí.

HOM ¡Gran noche te espera!

AMB. ¡Un descubrimiento nada menos! (Con burlona ironía.)

MAN. Un descubrimiento, sí, señor; un descubrimiento que va á enseñarnos otra nueva verdad. ¡La verdad! (Como respondiendo á sus angustias interiores.) ¡Cuántas luchas, cuántos dolores supone casi siempre encontrarla!

DOC. Avendaño ha trabajado mucho.

AMB. Para inventar un nuevo explosivo.

HOM Otro medio de destrucción.

REM. Que los enemigos de la sociedad aprovecharán seguramente contra ella.

MAT. ¡Pues es delicioso el descubrimiento!

MAN No hay que apurarse. Todos esos explosivos son fuerzas; fuerzas salvajes al principio, por eso se emplean en servicio del mal. Ya domaremos, ya civilizaremos esas fuerzas para que se empleen en servicio del bien. Lo importante es que existan y que las vayamos conociendo. (Volviendo á su actitud de antes.)

MAT. (Extrañada de la actitud de Manuel.) ¿Qué tienes? Estás preocupado... ¡Tan alegre como te dejé cuando nos fuimos de paseo!

MAN. Acaso por eso, porque estaba entonces muy alegre, estoy como estoy. A grandes excitaciones, depresiones grandes. (Hace una pausa y apura la taza de café. Levantándose.) Vaya, llegó el momento de dejarles.

REM. ¿Te vas?

MAN. Sí.

REM. Espérate. Que enganchen el carruaje.

MAN. ¡De ninguna manera! Está cerca. Voy mejor á pie.

REM. Como gustes.

MAN. (A Ramírez.) ¿Usted no viene?

DOC. No; prefiero el tresillo. Ya me enterarán mañana los periódicos. La oratoria de Avendaño es poco entretenida. Figúrense ustedes, es tartamudo...

MAN. (Despidiéndose.) En tal caso, adiós.

MAT. ¿A qué hora vuelves?

MAN. A las doce próximamente.

MAT. (Aparte á Manuel.) No vayas á entretenerte, y vengas después que estos se hayan ido y cuando estemos acostadas nosotras.

MAN. Descuida. (Sale Manuel por el fondo.)

ESCENA V

MATILDE, REMEDIOS, RAMÍREZ, DON HOMOBONO y AMBROSIO. Luego PETRA y MARIANO

AMB. (A don Homobono.) ¡Un nuevo explosivo!

DOC. ¡Y formidable! Como no se equivoque Avendaño, con una pequeñísima cantidad, metida en un tubo de acero, se puede hacer saltar esta casa.

AMB. ¡Caracoles! (En este momento se debilita la luz de la luna.)

HOM. El café se ha acabado, y esas condenadas nubecillas se empeñan en taparnos la luna.

REM. Hable usted sin rodeos y diga que está rabiando por jugar su tresillo. Vamos cuando quieran ustedes. (A Mariano, que durante la escena anterior habrá quedado en pie en el último término.) Ven con Petra y llevaros esto. (Sale Mariano por el fondo. Levantándose dice á don Homobono.) ¡Darme codillo! Yo sí qué voy á dárselo á usted.

HOM. ¡Puede! (Con ironía.)
(Salen Petra y Mariano, quienes durante el diálogo irán recogiendo tazas y vasos, no dejando encima de la mesa grande más que las cafeteras. En otras bandejas se llevarán los vasos y las tazas. También entrarán las mesitas portátiles en el hotel. Don Homobono ofreciendo el brazo á Remedios.) ¿Andando?

REM. (Cogiéndose del brazo de don Homobono.) ¡Andando! (Se dirigen al fondo.)

DOC. (A Matilde ofreciéndole el brazo también.) ¿Y tú?

MAT. (Cogiéndose al brazo de Ramírez.) Yo les veré jugar un ratito, y luego entraré en mi cuarto á escribir unas cartas. Estoy muy atrasada en mi correspondencia con las compañeras de colegio. (Salen por el fondo Matilde, Remedios, Ramírez, don Homobono y don Ambrosio.)

PETRA (A Mariano.) Tú coges esas dos mesitas que quedan y adentro con ellas, mientras yo acabo de limpiar esto. (La mesa grande. Mariano coge las mesitas y entra en el hotel. La luz de la luna brillará á intervalos, ocultándose, volviendo á aparecer, etc.)

ESCENA VI

PETRA. En seguida AURORA

PETRA (Limpiando la mesa.) ¡Ajajá! Ya está limpia la mesa. (Cogiendo el servicio de café que ha quedado encima de ésta.) Ahora, á la cocina á bostezar, hasta que á esa gente le entren las ganas de acostarse. Les entrarán tarde; ¡claro! como ellos no madrugan...
(Petra se dirige hacia el hotel con la bandeja en la mano. En este momento sale del hotel Aurora con la mantilla echada sobre los hombros y se dirige hacia el cenador, tropezando con Petra en el camino.) ¡Aurora!

AUR. (Contrariada.) ¡Tú!

PETRA Acabo de limpiar la mesa y llevo dentro este servicio. Tú, camino de casa, ¿verdad?

AUR. (Con turbación.) Ya lo ves.

PETRA ¡Quién pudiera imitarte! ¡Una noche entera pa una sola! Tú puedes disfrutarlas; yo... Malo sería que pudiese. Pa nosotros, pa los criados, las noches libres sinifican desacomóo y desacomóo sinifica hambre.

AUR. (Impaciente.) Anda, vete dentro. (Tratando de explicar su prisa porque se vaya Petra.) Puedes hacer falta... Acaso te llamen... Además, yo tengo mucha prisa. Voy de compras...

PETRA Mujer, no seas súpita. Que llamen hasta que se les caiga la campanilla. ¡A mí qué me importa! Y tú no te atosigues. Los comercios no se cierran hasta las diez.

AUR. (Como respondiendo á su pensamiento.) ¡Las diez!

PETRA Dime, ¿le contaste á Manuel?...

AUR. (Llena de confusión y con impaciencia.) No, todavía no.

PETRA Mal hecho. Yo se lo hubiese contao en seguía, pa que los hubiese cogío esta noche y les hubiese dao: á él, dos trompás, y á ella, dos patás ande yo me sé.

AUR. Ya tendrán su castigo. Adiós. (Haciendo ademán de irse.)

PETRA Adiós, chica, adiós. Ni que tuvieses azogue en el cuerpo. Que descanses y hasta mañana.

AUR. Hasta mañana, Petra.

(Petra se dirige hacia el hotel, y Aurora se encamina á la puerta izquierda del muro del hotel, donde se detiene sin ser vista de Petra, esperando.)

ESCENA VII

AURORA. Al final, MANUEL

AUR. ¡Creí que no se iba! (Se dirige hacia la derecha.) Ya estará esperando Manuel. (Como con temor y recelo.) ¿Por qué dudo? ¿Por qué tengo miedo de hacer lo que hago? (Breve pausa. Con decisión.) ¿Miedo yo? ¡Lo que hago es un bien! ¡Es su bien! Adelante, entonces. (Aurora se dirige á la puertecilla de la derecha, no sin mirar antes si alguien la ve. Cuando llega á la puerta, se detiene, escucha un momento inclinada hacia ella, y luego descorre el cerrojo con mucha precaución. La puerta se abre y aparece en ella Manuel. La luz de la luna habrá desaparecido completamente.)

MAN. (A Aurora.) ¿Eres tú? (Bajo.)

AUR. (En el mismo tono.) Yo, Manuel. (Manuel vuelve á correr el cerrojo con las mismas precauciones que empleó Aurora para descorrerlo, y se dirige hacia Aurora, que habrá retrocedido unos pasos.)

ESCENA VIII

AURORA y MANUEL

MAN. (Vuelto de espaldas á la puerta y sin separarse de ella aún.) ¡La verdad! ¡Toda la verdad! Eso necesito, aunque la verdad me asesine. (Manuel coge á Aurora por la mano y se dirige con ella despacio hacia la izquierda del cenador.) Aquí. ¿No es eso? Aquí es donde van á reunirse, á entenderse. Aquí. ¡Donde siempre!... ¡Donde siempre!...

AUR. ¡Manuel!

MAN. (Sigue sin oirla.) ¡Donde siempre! Es decir, en el sitio escogido por ellos, para satisfacer sus pasiones; para hacer escarnio de mi credulidad, para venderla inicuamente. Y esto una hora, un momento después acaso, de haberme ella jurado amor con una sonrisa, y él amistad con un cariñoso apretón de manos!

AUR. Oye...

MAN. Ya oigo. Figúrate si oiré bien que estoy repitiendo uno por uno los gritos que lanza mi dolor.

AUR. ¡Dios mío! ¿Por qué me has obligado á hacerle sufrir?...

MAN. ¡Sufrir!... No te arrepientas. Si lo que dijiste es verdad, bien has hecho diciéndolo. Era tu deber. ¿Pero es verdad? ¿No me has mentido?... Mira, si me hubieses mentido, si me dijeras «he mentido», no sólo te perdonaría, ¡perdonarte es poco!; caería á tus pies, me abrazaría á tus rodillas para darte gracias, para gritarte que todo el daño que me habías causado, valía con creces la felicidad que me proporcionabas. ¡He mentido! ¡He mentido! ¡Si tú pudieras decirme esto!

AUR. ¡Qué más quisiera yo, sino podértelo decir! (Con ternura y grandeza.)

MAN. (Con desesperación.) ¡No lo dice!... ¡No lo dice, porque no lo puede decir! ¡Por qué no ha

mentido! ¡No! ¡Tú no mientes! ¡Los que mienten son ellos! ¡Es ella! ¡Ella! ¡Ella! ¡Matilde! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Se deja caer con desesperación en un sofá de mimbres que habrá junto al cenador.)

AUR. (Acercándose á él y luego de contemplarle con angustia un momento.) Si yo te dije, si yo te conté la verdad fué...

MAN. (Interrumpiéndola.) ¡No te sinceres! ¿No oyes que hiciste bien? Tampoco te preocupes por mi tormento.

AUR. ¡Que no!

MAN. Era necesario sufrirlo antes ó sufrirlo después. (Brevísima pausa.) Como el enfermo, en el momento de la amputación, grito y me desespero: pero la acepto, porque es precisa, porque es inevitable. El miembro gangrenado tiene que arrancarse de la carne viva, para que no la contamine y destruya. La carne viva tiembla al verse delante del cuchillo; los nervios se insurreccionan y palpitan medrosamente. Brilla el cuchillo junto á la carne, desgarrando arterias y músculos... El enfermo abre los ojos; ve el miembro podrido, separado del tronco, y llora, porque es algo suyo, que le abandona para siempre; llora, pero después sonríe y da las gracias al cirujano, porque acaba de salvarle la vida. ¡Gracias, Aurora, muchas gracias! (Con dolor y ternura.)

AUR. No hice lo que hice para que me dieses las gracias. Me salió de aquí dentro. (Señalando el corazón.) Ni tan siquiera lo pensé. (Suenan á lo lejos diez campanadas. Manuel y Aurora las oyen en silencio, como si por lo bajo fueran contándolas una á una.) ¡Las diez!

MAN. La hora. (Con alegría dolorosa.) ¡Van á cesar las dudas! Por triste, por horrible que sea la verdad, el espíritu se ensancha cuando va á encontrarse cara á cara con ella. (La luna, que como se dijo antes se ha ocultado al comienzo de esta escena, aparece en el instante en que se abre la puerta del hotel, y se muestra en ella Matilde, que antes de abandonarla permanece un instante inmóvil.)

ESCENA IX

AURORA, MATILDE y MANUEL

AUR. (Viendo desde el sitio que ocupan Manuel y ella, que no estará alumbrado por la luz de la luna, la figura de Matilde.) ¡Ella!

MAN. ¡Ella, sí! (A Aurora.) ¡Silencio! (Cogiéndola de la mano y conduciéndola hasta el cenador.) Tú, ahí dentro. Necesito estar solo con ella. (Aurora, empujada por Manuel, entra en el cenador. Matilde desciende por la escalera poco á poco y Manuel se oculta tras el tronco de un árbol. Matilde mira recelosamente á todas partes, y luego se dirige con resolución hacia la puertecilla de la derecha. Manuel la sigue con precaución y lentitud. En el momento en que Matilde va á descorrer el cerrojo, Manuel, que ha llegado junto á ella, detiene su mano. Matilde se vuelve sorprendida y aterrada. La luna habrá desaparecido en el momento en que Matilde ha llegado al pie de la escalera.)

MAT. (Con terror.) ¡Manuel! (Reconociéndole.)

MAN. ¡Qué puntual has sido, mujer! (Con sarcasmo doloroso.)

ESCENA X

MATILDE y MANUEL

MAT. (Tratando de huir.) ¡Manuel!

MAN. (Sujetándola fuertemente por la muñeca.) ¡No te impacientes! No tengas tanta prisa en abrir. Aun no habrá venido. (Descorre el cerrojo, entreabre la puerta y hace acercarse á ella á Matilde.) ¿Ves? Nadie todavía. Está tranquila, ya vendrá. (Abre de par en par la puerta.) Cuando venga, franca tiene la entrada. ¡Que entre! Y mientras llega él, hablemos nosotros.

MAT. ¡Oh! (Con desesperación.)

MAN. ¿Cómo has podido ser tan infame conmigo?

MAT. ¡Manuel! (Aterrada.)

MAN. No tiembles. ¿Imaginas que voy á matarte?

(Con ironía dolorosa.) No. Se mata á otras mujeres, cuyos extravíos ó cuyos crímenes pueden redimirse con sangre. Se mata á las que la pasión empuja, y el vértigo de esa misma pasión enloquece; á las que deshonran á un hombre por criminal, pero por arrebatado impulso. A tí, llevada al engaño por el egoismo y por la codicia, matarte sería hacerte mucho honor. Eres tan ruin, que ni siquiera tienes derecho á que te maten.

MAT. ¡Déjame, Manuel, déjame! (Procurando alejarse.)

MAN. (Impidiéndoselo.) ¡Dejarte! ¿No oyes que necesitamos hablar? Hablar yo, tú y él; los tres. Los burladores y el burlado. Pues, ¿qué suponías? ¿Que mi dolor y vuestra vileza iban á pasar en silencio? ¡No, mujer, no! Responde. ¿Por qué has sido tan infame conmigo? Si no me querías, ¿por qué no detuviste en mis labios la primera palabra de amor, y en mi pecho el primer latido de esperanza? Si amabas á otro, ¿por qué fingiste amarme? Si eras de otro, ¿por qué me jurabas ser mía? Si sigues, si pensabas seguir siendo del otro, ¿cómo has tenido valor para hacerme promesa de esposa? Si esto era cierto, ¿cómo ibas á tener la cínica audacia de arrodillarte al pie de un altar y ofrecerme ante Dios, en la casa, en el templo, en el santuario de ese Dios que veneras, vamos, qué dices que veneras, un cuerpo impuro y una conciencia vil?

MAT. ¡Calla, calla!

MAN. No; si quiero seguir preguntándote, para que me contestes, para que halles dentro de tí, algo que te disculpe á tus propios ojos; algo que no te haga parecer tan infame, algo que convierta el amor que tuve en lástima, y no en asco, que es lo que ahora me inspiras.

MAT. ¡Manuel!

MAN. ¡No lo hallas! ¿Ves cómo no lo hallas? ¿Ves cómo ni lástima puedo tenerte?... ¡Y sólo para satisfacer vuestra codicia miserable de unos montones de oro, sólo por eso, íbais

á destruir la existencia de un hombre de bien! ¡Parece mentira que en vientres de mujer, haya sitio para engendrar monstruos así!

MAT. ¡Basta!

MAN. Cuando pienso vuestro delito, me entran ganas de aplastarte contra la tierra. (Con ira.)

MAT. ¡Perdón!

MAN. ¡Qué hubiera sido de mí sin Aurora!

MAT. ¡Ella! ¡Conque fué ella; esa criatura del arroyo!.. (Con ira.)

MAN. No la insultes.

MAT. ¡Oh! (Con rabia.)

MAN. Tú, tendrías que arrodillarte, que humillarte delante de ella, delante de cualquier ser honrado, como te humillas ¡cómo vas á humillarte delante de mí! (Sacudiendo enérgicamente á Matilde y haciéndola caer á sus pies. Aurora, que ha aparecido en la puerta del cenador pocos momentos antes, se dirige á Manuel y aparta con sus manos aquella conque Manuel sujeta á Matilde en el suelo.)

AUR. (Suplicando.) ¡No, Manuel, no la maltrates; compadécela! (En este momento aparece, en la puertecilla que Manuel dejó abierta, Enrique, que al ver el grupo formado por Manuel y Matilde, se dirige hacia éste con actitud amenazadora.)

ENR. ¡Cómo, Matilde! ¡Y él la ultraja! (Matilde, á quien ya habrá soltado Manuel, al oir la voz de Enrique, vuelve la cabeza y se dirige hacia éste.)

MAT. ¡Ampárame, Enrique! (Queda al lado de Enrique.)

ESCENA XI

AURORA, MATILDE, MANUEL y ENRIQUE

ENR. ¡Ampararte, sí! No tengas miedo. Contra este hombre, contra todos, te amparo yo. (Se adelanta hacia Manuel con arrogancia y decisión.)

MAN. (Con sarcasmo.) Vamos, tienes una condición noble: el valor. No esperaba yo tanto.

MAT. (A Enrique, por Aurora.) Esa mujer le ha dicho...

MAN. ¡Todo!

ENR. ¿Eh?

MAN. Más claro. Que estoy al cabo de vuestro inicuo proceder; que he venido aquí para sorprenderos; que acabo de llamar á esta mujer infame, y que ahora te lo llamo á tí. (Con energía.)

ENR. ¡A mí!

MAN. Es el dictado que mereces. Por eso te lo doy. (Manuel y Enrique avanzan un poco uno hacia otro. Aurora trata de detener á Manuel. Matilde á Enrique.)

MAT. ¡Enrique!

AUR. ¡Manuel!

ENR. Y me darás también una reparación, sosteniendo, ante la boca de una pistola ó ante la punta de una espada, el insulto.

MAN. ¡Yo! ¡Batirme yo contigo! (Con risa despreciativa y cruel.) ¡Qué necio eres, Enrique!

ENR. ¡Cómo!

MAN. ¡Batirme yo, el ultrajado, la víctima de vuestras ruindades; ponerme delante de tí, del villano, del criminal, empuñando un arma cualquiera, para que tú, tan diestro en esgrima como en crímenes, selles mis labios con la muerte, y hagas de mi cadáver una losa para cubrir vuestro repugnante secreto!... ¿Eso es lo que pides? ¡No lo tendrás!

ENR. ¿No?

MAN. No; se baten los iguales; los que en el combate arriesgan lo mismo. Nosotros no somos iguales. ¡Cómo vamos á serlo! Se baten caballero contra caballero, ¿verdad? Pues yo no puedo batirme contigo. Tú no eres un caballero; ¡eres un canalla!

ENR. ¡Pues reparación has de darme! No quieres de un modo, será de otro. (Avanza hacia Manuel en actitud amenazadora.)

MAT. (Queriendo detenerle.) No, Enrique, no.

ENR. ¡Suelta! (Desasiéndose de ella.)

AUR. ¡No, esto no es posible!

ENR. ¿No quieres dármela como se usa entre los hombres de nuestra clase? Me la tomaré de otra forma. (Avanzando.) Cuerpo á cuerpo,

arrancando con estas manos la lengua que me insulta.

MAN. ¡Prueba!

AUR. No. ¡Socorro! ¡Socorro! (Dirigiéndose hacia la puerta del hotel. Enrique levanta la mano para abofetear á Manuel; éste le sujeta con fuerza el brazo, le coge por el otro y lo empuja hasta dejarlo caer contra un banco)

MAN. (Luchando.) ¡No puedes! ¡No podrás! La Naturaleza me ha hecho más fuerte que á tí, ¡miserable! (Lo deja caer encima del banco. En este momento aparecen en el fondo Remedios, Homobono, Ambrosio y Ramírez. Ramírez, al ver la escena, se dirige precipitadamente hacia Enrique, en el momento que éste se levanta.

ENR. (Alzándose del banco en actitud descompuesta á Manuel ¡Tu vida!

DOC. Enrique, silencio. No provoque usted el escándalo. Venga usted. (Saca por la fuerza á Enrique por la puertecilla del jardín. Matilde oculta el rostro entre las manos. En este momento llegan, al primer término Remedios, Homobono y Ambrosio.)

ESCENA ÚLTIMA

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, ENRIQUE, HOMOBONO, DOCTOR RAMÍREZ y AMBROSIO

REM. (Poniéndose al lado de Matilde.) ¡Hija mía! ¿Qué es esto?

AMB. ¿Qué ha ocurrido aquí?

MAN. Pregúteselo usted á Matilde, que oculta el rostro. Pregúnteselo al hombre que acaba de salir, á su cómplice. ¡Que conteste ella! ¿No contesta? ¡Cuánto valor para el crimen! ¡Cuánta cobardía para confesarlo!

AUR. ¡Basta por Dios! ¡calla!

MAN. ¡Callar cuando están aquí todos los que, en una forma ó en otra, pretendían mi sacrificio y mi envilecimiento! ¡Callar! ¡No! Hablar alto, muy alto, para lanzarles al rostro su torpeza y mi indignación.

AMB. ¡Estás ultrajando á tu familia!

MAN. ¡Mi familia!... ¡Vosotros mi familia! No, vosotros no podéis ser mi familia; no lo sois.

AMB. ¡Manuel!...

MAN. ¿Qué importa que llevemos la misma sangre si no llevamos la misma alma? Entre vosotros he nacido, verdad. ¿Y eso, qué? Se nace donde la suerte quiere, de la familia que la suerte dispone; pero esa cuna y esa familia son obra del azar. No hay obligación de respetarlos cuando no son acreedores al respeto. No, no podéis ser mi familia; no lo sois, lo repito. ¿Cómo han de serlo los que pretendían matar mi inteligencia con sus burlas; esclavizar mis ideas á sus egoísmos, martirizar mi espíritu con todo género de humillaciones y manchar mi nombre con la más horrible de las afrentas? Eso queríais vosotros de mí; eso es lo que hubiérais conseguido si esta mujer, (Aurora.) esta criatura, no hubiese llegado á tiempo de salvarme. (A Aurora.) No bajes la cabeza, que la bajen ellos; tú debes levantarla muy alta. Levántala. Míralos cara á cara. ¡Así!... ¿Ves cómo son ellos los que bajan los ojos?

AMB. ¡Ella!

MAN. (A Aurora.) ¡Y yo te abandoné por estúpidos convencionalismos sociales! Y yo te dejé sola, sola como antes, y con un desengaño más en el corazón. ¡Yo te abandoné, mujer generosa y leal!

AMB. ¡Manuel!

MAN. ¡Abandonarte! ¿Por qué causa? ¿Qué culpa tienes tú de que la ignorancia y la miseria, y el abandono y el ejemplo, te cercasen y te empujaran como á todos los tuyos? La culpa es de los que os abandonan y os empujan, y os hacen caer. Yo debí tenderte la mano, ayudarte, regenerarte. ¡Y no lo hice y te dejé cobardemente, despreciando todo lo bueno que hay en tí, para ir en busca de esta gente! Te dejé por ellos. Tú pagas mi abandono salvándome. ¡Perdóname!

AMB. ¡Basta! Sal inmediatamente de aquí.

MAN. Sí, saldré. Voy á salir inmediatamente con ella.

AMB. ¡Con ella!

MAN. ¡Con ella! Porque con ella puedo dirigirme hacia el porvenir; porque en ella aun hay sentimientos de dignidad, de justicia, de amor; sentimientos acaso pervertidos, descuidados acaso. No importa, yo los despertaré. En ella aun hay vida, y donde hay vida puede haber salud. En vosotros, no: vosotros no podéis acompañarme; los muertos no andan; y vosotros sois muertos sin enterrar.

AUR. Manuel...

MAN. Quedaos ahí solos; podríos ahí solos con vuestras pequeñeces y vuestros crímenes. (A Aurora.) Ven tú. (Cogiéndola por la mano y acercándosela á él.) En tí hay sangre joven, sentimientos puros, conciencia virgen; en mí hay inteligencia y hay voluntad. ¡Ven, Aurora! (Atrayéndola hacia sí.) Más cerca, más cerca aún. Siempre juntos. De nosotros puede brotar algo fecundo. Deja á esos. (Se dirige hacia la derecha sosteniendo á Aurora con un brazo, mientras los demás permanecen inmóviles y sin atreverse á mirarlos.) Vamos á hacer humanidad nueva. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

EL TÍO GERVASIO

Estrenado en el TEATRO DE PARISH el 21 de Marzo de 1900

A Miguel Soler

No en su beneficio, en el de este monólogo, que todo se lo debe al actor

Dicenta

PERSONAJE

EL TÍO GERVASIO.................. Don Miguel Soler.



ACTO UNICO

El teatro representa el interior de una bohardilla pobrísimamente decorada. Las paredes blancas, imitando yeso. Pegadas á la pared cuatro ó cinco láminas de periódicos ilustrados. En el fondo una puerta que supone ser la de entrada; á la izquierda una ventana pequeña, que comunica con el corredor. A la derecha una claraboya ó ventanucho alto, para llegar hasta el cual, será preciso subirse encima de una silla.

En el fondo á la izquierda, un catre cubierto con una sábana y una manta llena de agujeros. A la derecha una arca de madera desvencijada. En el lateral derecho una mesita de pino con cajón. Distribuídas convenientemente tres ó cuatro sillas con respaldo y asiento de madera. Puesto sobre una palomilla, que estará colgada de la pared, un velón.

Es de noche.

Al levantarse el telón aparece la escena sola y se oye fuera la tos del tío Gervasio.

Será éste, hombre como de sesenta y cinco años y vestirá blusa y pantalón blanco, chaquetón de paño burdo remendado, alpargatas y gorra de seda vieja. Llevará la barba crecida como de no haberse afeitado en una semana.

ESCENA UNICA

EL SEÑOR GERVASIO

(Desde fuera.) ¡Ejem!, ¡Ejem!... ¡Ejem!... (Tosiendo con tos ronca y trabajosa.) ¡Tira, hija, tira!... ¡Ejem!... ¡Ejem!... Y la *cerraura juegando* al esconder con la llave. (Se oye el ruido de una

llave al entrar en la cerradura.) ¡Vamos!... ¡Ya entró!... (Se abre la puerta y entra por ella el tío Gervasio.)

(Luego de quitar la llave de la cerradura y cerrar la puerta.) ¡Ejem!... ¡Ejem!... ¡Ejem!... (Tosiendo y apretándose la cintura con las dos manos.) *¡Condená* tos!... La *verdá* es que sesenta y cinco años y ciento catorce escalones son *pa* que tosa el más *pintao*... (Tiritando.) ¡Brr! ¡Qué frío más seco! *¡Paice mesmamente* que le meten á uno puñales en el *tragaero* cuando respira!.. Dice el *méico* del *prencipal* que este frío seco es el que me pone malo y me hace toser. Pues que siga y no llueva. Con este tiempo hay trabajo y con la lluvia, ni agua... vamos al decir, porque el agua del cielo en cuanto que toca á la tierra se hace barro y ni *pa* beber sirve. De *moo* y manera que entre que apriete el hambre *ú* que apriete la tos, vale más que apriete la tos; duele menos.

¡Esta es otra! (Registrándose los bolsillos.) *¿Ande* he *metío* yo las cerillas?... Aquí están. (Sacando una caja de cerillas de uno de los bolsillos.) ¡Sí, sí!... (Tratando de encender inútilmente.) ¡Como no raspen!... ¡Ea!... En el pantalón nos veremos. (Frota una cerilla en el pantalón y la enciende.) Ya está. Como se le ha *olvidao* al amo poner luz *elétrica* en mi palacio, hay que encender el mechero de gas. (Encendiendo el velón que habrá en la pared sobre una palomilla.) ¡Ajajá!... Ahora la luz encima de la mesa, la silla delante y á repartir los cuartos. (Coloca la mesa en primer término, pone la luz encima de aquélla y saca del bolsillo un pañuelo lleno de cuartos.) Seis días á ocho *riales*, cuarenta y ocho *riales*.. ¡Poco es!.. Pero, en fin, que no falte. Antes ganaba más. Claro, como era joven, podía subir al andamio. Con los años tiemblan las patas, se va la vista y hay que agarrarse á la carretilla y á la espuerta. En nuestro oficio, va uno *pa* atrás como el cangrejo. De oficial con cuatro pesetas, á peón con dos; de peón con dos, á guardavallas con una; de guardavallas con una, á pedir limosna y de pedir limosna, al *hespital*...

¡Qué remedio! Cuando el hombre no sirve *pa* el trabajo se le barre y caiga *ande* caiga. Lo *mesmo* hacen con los caballos; cuando se *quean* inútiles, á la plaza *é* toros...

(Tosiendo.) ¡Ejem!... ¡Ejem!... Conque cuarenta y ocho *riales*... ¡Vamos á cuentas!... ¡Siete al casero!... Uno... dos... (Contando.) A este *lao* el casero... Veinticuatro á la *señá* Eufrasia por la *comía* de la semana... Veintitrés... veinticuatro... Ya está *liquidá* la cuenta *é* Lardhy...: Diez en la taberna por el vino... Diez... Cuatro á la lavandera... Total cuarenta y cinco... Me *quean* tres *riales pa* tabaco y *pa* vicios... No me *pueo* quejar...

Y la *señá* Eufrasia, ¿cómo no me habrá *entrao* la cena? (Se dirige á la ventana que supone comunicar con el corredor.) *¡Señá* Eufrasia!... (Por la ventana.) ¿Está eso?... Bueno, traígalo *usté*... ¡Y que tengo hambre! (Como hablando con alguien que está fuera.) Traiga; muchas gracias. (Recogiendo una cazuela y un panecillo.) Hasta mañana y descansar. (Se dirige á la mesa, pone encima de ella la cazuela y el pan y saca del cajón una servilleta, un tenedor, una botella y un vaso.) ¡Anda!... *Menuo* banquete voy á darme... Patatas... pero... con mucho caldo... Ni una migaja *é* pan se salva. (Empieza á desmigar el pan sobre la cazuela.) Y qué bien huelen. (Se sienta delante de la mesa y empieza á comer.)

¡Ay!... No *pueo* acostumbrarme á cenar sólo. Se me atarugan los cachos en la garganta cuando pienso que antes nos sentábamos juntos á la mesa tres y el mamoncillo cuatro... *Toos* se han *dío*... Unos al sitio de *aonde* no se *güelve*... ¡Otros!... ¡Los otros harían mal en *golver!*... (Con tono de amenaza.)

¡Los que se fueron *pa* no volver!... *¡Probecillos!*... Y *probe* de mí que me he *quedao* solo, viejo, inútil, con el corazón echando sangre por los muertos, y manando odio *pa* los vivos.

¡Los muertos!... Primeramente la madre y el pequeño... ¿Qué iban á hacer más que morirse?... La madre mantenía al hijo, y la ma-

dre no tenía que comer porque yo no tenía tampoco; porque me faltaba el trabajo... Y así un día y otro... El chiquillo tirando del pecho de la madre, sin sacarle sustancia... la madre dando al chico la sangre de sus venas... Pero cuando las madres dan á sus hijos la sangre de sus venas, porque no *puen* darles más, sólo consiguen una cosa: matar al hijo y matarse ellas... Eso ocurrió entonces... La mujer se fué á tisis; el chico se encanijó y una mañana... ni hijo, ni mujer... Ella encima de ese jergón, con la cara amarilla... muy amarilla y los ojos que la echaban lumbre... alentando como *pa* ahogarse, y sujetando contra su cuerpo al chiquillo que talmente parecía de cera en la color, y de trapo en lo flojo... *agarrao* al pecho... tirando de él... la madre *cá* vez más pálida, y yo mirándola, mirándola hecho un idiota... sin saber qué hacer ni qué intentar... De pronto, el chico soltó el pecho y rodó por el jergón, como un pájaro que cae muerto *dende* la rama que lo sostiene; la madre se llevó las manos á la garganta; abrió los ojos mucho... ¡qué grandes y qué *espantaos* se pusieron aquellos ojos!... se incorporó sobre la cama... quiso hablar... y después *ná*... Una mujer muerta... un hombre llorando... un angelito menos en el mundo, y un rayo de sol empeñándose en calentar lo que ya estaba frío *pa* siempre!... (Hace una pausa, y se enjuga los ojos con el reverso de la mano.)

¡En fin!... ¡Quién habiera *podío* irse con los dos!.. (Tratando de comer una cucharada de sopa y apurando un trago de vino.) ¡Irse!... ¿Y los otros? ¿Los hijos que *queaban?*... Había que trabajar *pa* ellos; *pa* mi Juan, que á los ocho años *paecía* un hombre por lo fuerte y *pa* mí... (Deteniéndose al pronunciar el mí, y haciendo un gesto de dolor y rabia.) *Pa* Petra, que á los cinco era un capullo de rosa...

Y *pa* ellos trabajé hasta que Juan entró en la obra y Petra en la *frábica*...

Aquellos tiempos fueron buenos *pa toos*... *Toos* trabajábamos. Y los domingos... los domingos, los tres juntos á tomar el sol; á merendar al campo; á gastarnos alegremente las sobras del salario. ¡Poco orgulloso bajaba yo por la carretera entre aquellos dos cachos de mi carne! Ni por el rey de España se hubiese *cambiao* este *probe* albañil... Mi Juan, tan *güeno*, tan cariñoso, mirando á las mozas con sus ojazos grandes y negros y mirándome luego á mí, como *pa* decirme:—No hay que encelarse abuelo, por mucho que mire *pa* ellas y que las quiera á ellas, aún sobra cariño *pa osté*...—Y Rosa, tan peripuesta, luciendo sus ojos azules y su boca de guindas y su cara... ¡la de su madre cuando era joven... porque se parecía mucho á su madre!... (Con temor y amargura.) En la cara... ¡Su madre era *güena!* (Pausa.)

¡Qué días tan hermosos aquéllos! (Haciendo como que toma una cucharada de comida en la cazuela.) ¡Quién hubiera *pensao* que iban á acabarse! Se acabaron... y *pa* siempre; *¡pa* no volver!... (Pausa.)

Mi Juan; aquel mozo que era el primer *trabajaor* de la obra, por lo fuerte y por lo *pruente* y por lo formal, cayó quinto... Teníamos guerra... allá en las Américas... Los ricos, con sus *maldaes* y con sus gatuperios, habían *perdío* aquello; y como lo habían *perdío* los ricos, *na* más justo que fuesen á salvarlo los *probes*.

A la guerra fué Juan... *Talmente* lo estoy viendo cuando nos despedimos en la estación... ¡Qué guapo estaba, con su traje de rayadillo y sus galones de cabo y su caraza de hombre duro y terco... ¡Qué de gente y de ¡vivas! ¡y obsequios!... No; no se portaron mal los ricos entonces. ¡A *cá soldao* le dieron una peseta y un cigarro puro!... ¡Adiós, padre! ¡Adiós, hermana! Gritó Juan. ¡Que no me olvide *osté!*... ¡Que seas *güena!* Yo no le he *olvidao*...

Subió al tren... Subieron *toos* aquellos

hombres... apretujándose, hacinándose como *ganao* que va al *mataero*... A mi Juan le tocó una ventanilla... sonó la corneta, pitó el maquinista, arrancó la locomotora... agitó mi hijo el sombrero... y el tren se perdió echando humo y yo salí de la estación echando *cá* lágrima *asín* por los ojos.

¡Probe Juan! ¡Siempre llevo *guardá* en el pecho su última carta!... ¡esta es! (Sacando una carta del bolsillo.) ¡Esta! (Desdoblándola.)

«Hospital de la Habana. Querido padre... Me alegraré...» Aquí... aquí empieza... (Leyendo.) «No se asuste, que la *hería* es leve y estaré en pie antes de dos semanas.

»Ya he *entrao* en fuego... ¡Y qué fuego!... Salimos con la *coluna* y *echemos* por la manigua alante con un calor que se asaban los pájaros... Haría dos horas que marchábamos cuando se oyeron cuatro ó cinco disparos... Era la descubierta que nos avisaba... El enemigo... ¡Desplieguen! gritó el coronel; y avanzamos. Al llegar á un claro, y como á unos doscientos metros de largura, distinguimos á los mambises. Eran muchos y nos aguardaban bien *parapetaos* y dando unas voces muy fuertes. Creí que pesaba mi fusil veinte arrobas y se me quedó la boca más seca y con más sed que si hubiese comido bacalao... ¡Adelante! gritó el coronel... y alante fuimos; el enemigo nos recibió con una descarga cerrada, luego con otra; llovían balas; caían los hombres, unos redondos sin dar un grito, otros llamando á su madre ó á Dios... Y caían muchos... muchos... á *puñaos*. Nuestro batallón se detuvo... Yo sentí que me temblaban las piernas y me entraron unas ganas atroces de apretar á correr... No sé lo que les pasaría á los otros, á mis compañeros; pero debió ser una cosa muy parecida, porque el batallón retrocedió... ¡Adelante, hijos míos! exclamó el coronel, un viejo alto con bigotes grises. ¡Viva España!... ¡Adelante! Al lado mío estaba un teniente muy pálido; pero muy resuelto, con los ojos que le echa-

ban chispas... ¡Adelante, gritó!... A la bayoneta!... Hubo así como un vaivén de hombres. Luego el batallón entero avanzó sin disparar un tiro, y recibiendo á pecho descubierto el fuego del contrario. Yo cerré los párpados y seguí, seguí como si soñara... *empujao* por mis compañeros... Cuando abrí los ojos... ví á un negrazo que me amenazaba con el machete, empujé mi fusil de atrás *pa alante*... tropecé en carne... apreté... cayó el negro de espaldas y me volví loco... ya no tenía miedo... Empujaba... empujaba siempre de atrás *alante*, mi fusil que chorreaba sangre desde la punta del cuchillo hasta el percutor, y hería, hería sin descanso... De pronto sufrí como un cantazo en la pierna y caí de espaldas... Cuando recobré los sentidos, estaba en una cama de campaña, y delante de mí el coronel con los ojos húmedos y los bigotes grises erizados.

»¡Bueno, muchacho! dijo apretando mi mano... Eres un heróe...

»¡Un heróe! Lo seré... cuando el coronel lo dice tendrá razón. No me he enterao bien de lo que es eso; pero, creáme *usté*, padre, esto de la guerra es muy malo.—*Juan.*»

¡Hijo de mi alma! Ya no he vuelto á saber más de él... Un mes, dos, tres meses, sin carta suya... Cuando fuí al ministerio á preguntar, me contestaron: Baja... ¿Qué es eso?, dije yo... *Eso* era que ya no tenía hijo; que había muerto; muerto, allá lejos, en la manigua, donde habrá *quedao* solo, sin nadie que le rece, como un perro á quien se da con el pie y se entierra entre el fango *pa* que no estorbe ni huela mal. (Pausa.)

¡Mi Juan! ¿Qué me *quea* á mí en el mundo faltándome él? ¡Petra!... ¡No!... ¡Esa abandonó á su padre!... Se fué por ahí con un señorito... Vendió su cara, su cuerpo... aquel cuerpo que su madre había *cuidao* tanto... aquella cara que yo había *besao* tantas veces... Esa está más muerta que el otro... El otro vive aquí... (El corazón.) Ella, no...

No... ¡No te empeñes en decir que sí, (Golpeándose el corazón.) porque mientes! ¡Nunca!; ¡nunca!, ¡es una infame! Ha *abandonao* á su padre; ¡le ha *deshonrao!*... Es otra muerta... Ya no tengo *ná*; ya no me *quea* que hacer *ná*, *na* más que aguardar mi hora... esperar el momento en que mi *vía* se acabe y me agarren por una pata y me echen al hoyo.

Y mientras llega esa hora, me *quea* otro que hacer, llorar aquí sólo y á rezar por los muertos... (En un arranque de ternura) ¡Y por la viva!...

Padre nuestro que estás en los cielos, etc. (Telón.)

FIN DEL MONÓLOGO

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.
Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.
La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.
El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.
Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.
Marinera, monólogo en un acto y en prosa
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.

Precio: DOS pesetas